

REVISTA

EUROPEA

TOMO DÉCIMO

SEGUNDO SEMESTRE DE 1877.



MADRID

REDACCION Y ADMINISTRACION

CALLE DE LA AMNISTÍA, NÚM. 12.

Imprenta Central á cargo de V. Saiz.



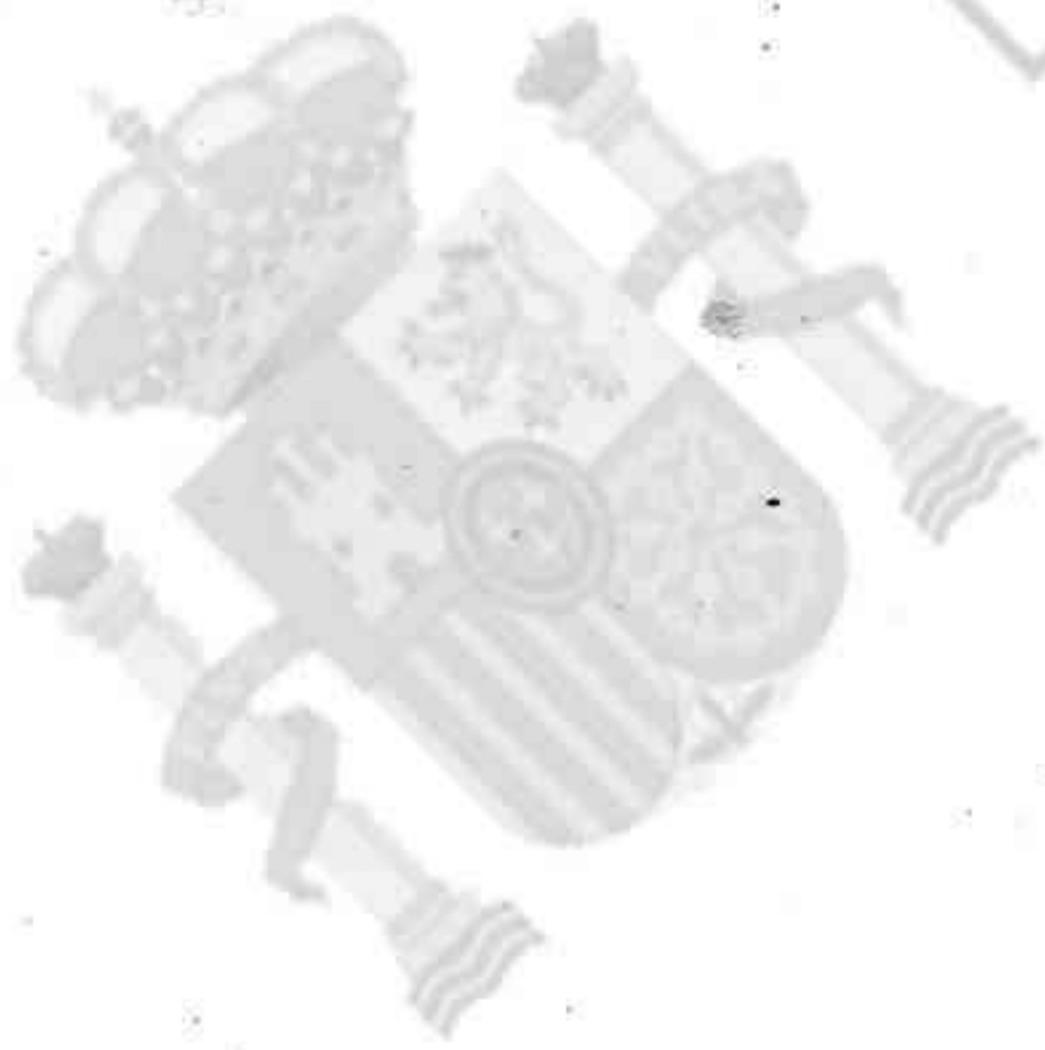


REVISTA

# EUROPEA



MINISTERIO  
DE CULTURA







## INDICE DEL TOMO DÉCIMO.

- Alcalde Prieto (Domingo).**—El deber, moral y jurídicamente considerado.—583 y 612.
- Alvarez (Cirilo).**—La familia y la propiedad.—417.
- Arana (Vicente de).**—Las espinas.—671.
- Balaguer (Víctor).**—Coriolano.—234.
- La muerte de Neron.—465.
- Beaussire.**—La sensibilidad.—262.
- Beauvisage.**—La exploración del Africa.—511.
- Blasco (Eusebio).**—Recuerdos de un viaje.—219.
- Dos Jueves Santos.—245
- La série.—272.
- Viaje redondo.—313.
- La hermana pequeña.—342.
- El ojo, el diente y el cabello.—372.
- El día de moda.—412.
- La instrucción pública en Egipto.—727.
- Bourdeau.**—Estudios y ensayos de Hartmann.—609.
- Bravo y Tudela (Antonio).**—Estudios históricos sobre Ciceron.—327, 364, 393, 424 y 449.
- Brown.**—Viaje sobre una ballena.—124, 152, 250, 280, 300, 348, 378, 404, 438 y 471.
- Cabello (Pedro).**—La enseñanza de sordo-mudos y de ciegos.—28.
- Cámara (Antonio de la).**—Las manzanas de Australia en la Exposición industrial de Viena.—735.
- Los más notables acontecimientos de la historia contemporánea de Europa, comentados por un escritor chino.—735.
- Canalejas (F. de P.).**—La poesía caballerescas y los libros de caballerías.—257, 385, 769 y 833.
- Carlet.**—Fisiología del aparato musical de la cigarra.—123.
- Cencillo (Jesus).**—El rey destronado.—734.
- Chazel (Próspero).**—La vaca y el perro.—667, 701 y 729.
- Cidad y Sobron (Félix).**—Más arbolado.—575.
- El té y el arazá.—633.
- Estudios antropológicos.—665, 689 y 723.
- Darwin (Carlos).**—Los preludios de la inteligencia.—287.
- Echegaray (José).**—Consideraciones metafísicas de la belleza.—68.
- Eyma (Javier).**—Un drama en la Martinica.—87.
- Fastenrath (Juan).**—La Universidad de Tubinga y Eberhardo de la Barba.—457.
- Pedro Pablo Rubens.—588.
- Pintores de género, miniaturistas, paisajistas.—692.
- Los sucesores de Alberto Durero y Lucas Cranach.—764.
- Florez y Gonzalez (Alfredo).**—En la temprana muerte de\*\*\*—768.
- Fuentes y Alcon.**—Amor y amor propio.—505, 533 y 566.
- Fuentes y Solsona.**—Lo que no debe callarse monólogo crítico burlesco.—827 y 862.
- Gimeno Agius (José).**—El imperio de las Indias.—452.
- Girard de Rialle.**—La familia y el matrimonio en las sociedades primitivas.—353.
- Gonzalez Serrano (Urbano).**—El caracter.—646.
- Grozard (Alejandro).**—La influencia de la voluntad en el derecho.—758.
- Gueroult.**—El Darwinismo.—19.
- Gujarro (Ricardo).**—Las gotas de agua.—727.
- Espejos, madrigal.—798.
- Hallberg.**—La educación en Turquía y en Persia.—104.
- Herbert Spencer.**—El culto de los animales.—321.
- La especie humana, leyes de su multiplicación.—673 y 705.
- Hernandez (German).**—La industria en la antigüedad.—545.
- Imbert Saint Amand.**—Preliminares de la revolución de 1793.—429.
- Joly.**—La antropofagia y los sacrificios humanos en los tiempos prehistóricos y en la época actual.—389.
- Lasso de la Vega y Argüelles (Angel).**—La danza de la muerte.—707, 784 y 846.
- Lenormant.**—La doctrina de la penitencia entre los caldeos.—552.
- Linares (Augusto G.).**—La morfología de Hæeckel.—63, 478, 640 y 798.
- Marelle (Carlos).**—Una nueva epopeya alemana.—641.
- Martinez Pedrosa (Fernando).**—A Luz Alvarez, balada.—635.
- Medina (Ricardo de).**—El laurel de Virgilio.—593.
- El movimiento intelectual en Hungría.—627.
- Armonía.—666.
- Menendez Pelayo (Marcelino).**—Traductores portugueses de Horacio.—1.
- La poesía horaciana en Castilla.—37, 68, 109 y 133.
- La poesía horaciana en Portugal.—193 y 225.
- Monselet (Carlos).**—La sortija.—157.
- Montero Rios (Eugenio).**—La enseñanza laica.—513.
- Naville (Ernesto).**—Teoría de la vision.—15 y 48.
- Nolen.**—Kant y la filosofía del siglo XIX.—33 y 81.
- Olmedilla y Puig (Joaquín).**—La popularidad de la higiene.—85.
- Historia general de los desinfectantes.—97, 145, 208 y 238.
- Los peligros continuos.—276.
- La higiene en sus relaciones con los demás conocimientos humanos.—298.



— La atmósfera.—335.  
 — El agua.—374.  
 — Alimentos más usuales.—409.  
 — El café.—436.  
 — El té.—464.  
 — Consideraciones higiénicas relativas á los vestidos.—531.  
 — Hongos venenosos y no venenosos.—564.  
 — Las diferentes edades de la vida.—631.  
 — Los cosméticos.—698.  
 — La gimnástica.—721.  
 — Algunas consideraciones acerca de la mision de la higiene en las afecciones morales del individuo.—818.  
 Palacio Valdés (Armando).—Los oradores del Ateneo.—D. Francisco de P. Canalejas.—725.  
 — D. Manuel de la Revilla.—766.  
 — D. Francisco Javier Galvete.—796.  
 Pando y Valle (Jesus).—Supersticiosa religion de los griegos.—495.  
 Parejo (Leopoldo).—Al Dios del universo.—317.  
 — Paz y consuelo.—639.  
 Peña y Goñi (Antonio).—G. Meyerbeer.—Los despojos de «La Africana».—812 y 852.  
 Perez Rioja (Antonio).—La tierra prometida.—490, 540, 570, 605 y 635.  
 Pillain (Augusto).—El sauce blanco.—122.  
 Pouschkine.—Un tiro, novela.—23.  
 — El constructor de ataúdes, novela.—56.  
 Preyer.—Las causas del sueño.—129 y 204.  
 Prieto y Caules.—Influencia del trasformismo en la geología.—61.  
 Quesnel.—La India.—602.  
 Quiroga (Francisco).—Los colores derivados del carbon de piedra.—479.  
 Renan (Ernesto).—Domiciano.—83.  
 Reus y Bahamonde (Emilio).—La oratoria como arte bello.—741, 774, 801 y 842.  
 Rodriguez (Gabriel).—Naturaleza de la música.—64.  
 Rulhière.—Historia de la revolucion de Rusia en 1762.—683, 715, 754, 792, 824 y 859.  
 Saavedra (Eduardo).—Constitucion fisica del sol.—62.  
 Saez Palacios (Rafael).—La ciencia química.—481, 524 y 554.  
 Sanchez Tembleque (Tomás).—El concepto de la pena.—656 y 675.  
 Sanjurjo Lopez (Justo).—Así es el mundo.—832.  
 Serrano Fatigati (Enrique).—La membrana celular.—215, 254 y 266.  
 — Precipitados celulares.—294, 344, 367, 399 y 432.  
 Solsona (Conrado).—La calle de Carretas.—383.  
 Varigny (Enrique de).—La Mogolia y los mogoles.—737 y 809.  
 Vera (Vicente de).—Adulteraciones de los vinos y medio de reconocerlas.—95.  
 Vernes (Mauricio).—El culto cristiano en los siglos II y III.—519.  
 Vidart (Luis).—Estudios sobre la historia militar de España.—447.  
 Vogt.—El origen del hombre.—577, 621 y 651.

Miscelánea:

Nuevo combustible para las máquinas de vapor.—31.  
 Perfume de las flores.—31.  
 El mayor túnel del mundo.—31.  
 Necrópolis etrusca.—31.  
 Nuevo aparato respiratorio.—31.  
 La fitolácea eléctrica.—96.  
 Brújula vegetal.—96.  
 Nuevo tratamiento del mareo.—96.  
 Fabricacion del papel.—96.  
 Poblacion india en los Estados- Unidos.—96.  
 Un aerolito de grandes dimensiones.—96.  
 Fuerza de las olas.—96.  
 Exposicion de ciencias antropológicas.—96.  
 Fuerza de los volcanes.—160.  
 Un pozo exiraordinario.—160.  
 Ciudades enterradas.—223.  
 El teatro de Meiningen.—223.  
 Fenómenos de Saturno.—223.  
 Invencion del reloj.—285.  
 Uróscopo de bolsillo.—285.  
 Uso práctico del telefon de Bell.—285.  
 Medio de conocer donde hay agua.—285.  
 Estudio sobre los colores.—285.  
 Aventuras de Litz.—285.  
 Conservacion de las maderas.—285.  
 Una nueva propiedad del eucaliptus: 285.  
 La vuelta al mundo en 68 dias.—318.  
 Una propiedad de la dinamita.—318.  
 Hipnalismo espontáneo.—318.  
 Máquina de escribir para los ciegos.—318.  
 Mar artificial en Africa.—318.  
 Insecticida de los gallineros.—318.  
 Experimentos de luz eléctrica.—318.  
 Anécdota curiosa.—318.  
 La prensa en el Japon.—318.  
 Una ciudad subacuática.—352.  
 Un nuevo planeta.—384.  
 Las pirámides de Egipto.—414.  
 La beldad en la vejez.—414.  
 La flauta primitiva.—414.  
 Peces en el seno de la tierra.—543.  
 El espectroscopio en la mecánica.—543.  
 Preventivo contra el humo.—543.  
 El árbol de la lluvia.—543.  
 Lodo argentífero.—543.  
 Vinatería romana.—543.  
 Monumento de Pisistrato.—543.  
 Estatua de Hermes.—543.  
 Fósiles raros.—543.  
 Curiosidad mecánica.—576.  
 Modo de refrescar la atmósfera en una habitacion.—576.  
 Origen de los torpedos.—576.  
 La estatura humana.—671.  
 Un ferro-carril en el centro del Africa.—671.  
 Mapa de la region ecuatorial.—671.  
 La aves del paraíso.—671.  
 Buques perdidos.—671.  
 Monumento á Liebig.—671.  
 La pesca de la perla.—671.  
 La aguja de Cleopatra. 671.  
 Fabrica de papel del Sr. Velasco.—799.





## TRADUCTORES PORTUGUESES DE HORACIO.

### I.

En los siglos XVI y XVII no fué tan considerable el número de intérpretes de Horacio en Portugal como en Castilla. Húbolos, sin embargo, en bastante número, y llevó honrosamente su tributo la erudición de los latinistas lusitanos al acervo común de la ciencia española.

Nombraré ante todo á Antonio Ferreira, de quien he de hacer luego más larga memoria, como de poeta horaciano. Ahora sólo he de advertir que algunas de sus odas, aunque aplicadas á asuntos modernos, son, más que imitaciones, traducciones de Horacio. Acontece esto, sobre todo, en la 6.ª del libro I, *A una nave de la armada en que iba su hermano García Frois*. Es el *Sic te Diva potens Cyprí*, casi sin mudanza alguna:

Assi a poderosa,  
Deosa de Chipre, e os dous irmaos de Helena  
Claras estrellas, e o gran Rey dos ventos,  
Segura Náo e ditosa... (1).

La versificación es dura y el estilo desigual, pero el espíritu de la composición latina está bien trasladado.

Fuera de estos ensayos de Ferreira, los primeros de traducción de Horacio que vió Portugal fueron debidos á otro *quinhentista*, Andrés Falcao de Resende, poeta casi desconocido hasta el presente siglo, en que aparecieron tres mss. de sus obras, y se comenzó una edición (há tiempo suspendida) de estas en la imprenta de la Universidad de Coimbra. Su poema *Microcosmographia e descripção do Mundo pequeno, que é o Homen* se ha impreso á nombre de Camoens muchas veces. No es poeta de primer orden Falcao de Resende, ántes adolece de sequedad y prosaísmo, pero participa de las condiciones generales de gusto y pureza de lengua que adornan á los poetas peninsulares del siglo XVI. Interpretó Andrés Falcao treinta y dos odas de Horacio y la sátira 9.ª del libro I. Se había propuesto traducir, á lo que parece, por lo ménos toda la parte lírica; pero, como se ve, apenas pasó del primer libro. Que

(1) Poemas lusitanos do Doutor Antonio Ferreira. Segunda impressao, emendada e accrescentada com a vida e comedias do mesmo poeta. Lisboa. Na Reg. officina typographica, anno MDCCLXX. Tomo I, pág. 106.

sus fuerzas no eran inferiores á tan difícil empresa, mostraránlo algunos ejemplos. Así empieza la traducción del *Jam satis terris*:

Com qué tormentas já, com qué portentos,  
Com qué varios furiosos,  
Com qué chuvas e ventos  
Á Roma e aos cidadaos seus temerosos  
Os Deoses mostrao claro estar irosos.

De Jupiter tonante a mao ardente

Espanta a gran cidade,

Temendo toda a gente

De Pyrrha outro diluvio e tempestade,

Com tanto impeto d'agua e quantidade.

Ya Prótheo apacentou nos montes altos

O seu gado morinho

E os peixes derao saltos

Sobre o álamo duda a pomba já fez ninho,

E n'agua as cervas fazem seu caminho...

El *Rubente dextera* está bien traducido en el excelente verso:

De Júpiter tonante a mao ardente...

Pero Falcao decae con frecuencia. La version del *Sic te Diva* empieza bien.

Assin Vénus amena

Te dé viagem prospera e segura

E os dois irmaos de Helena

Te influa boa ventura.

Assin... Éolo aos ventos dé brandura...

No me agrada, sin embargo, que el traductor restituyese largas perífrasis al sencillo verbo *regat*. En la estancia siguiente anda más infeliz:

E os outros encerrando

Assim Yápygo, ó Nao, so vá comtigo,

Que (qual debes) levando

Virgilio, intimo amigo

D'alma, de Athenas tornes sem perigo...

Esto es malo, y el *dimidium animæ meæ* no está conservado ni por asomo. El inoportuno *qual debes* prueba que el traductor no penetró bien la fuerza del *creditum*.

El *Solvitur acris* es digno de citarse por las dos primeras estrofas:

Já o pesado Inverno o rigor perde,

E ao Favonio brando

Obedecendo vai, e ao verao verde,



E as máquinas tirando  
 Ven os seccos navios  
 Ao fondo mar, dos portos e dos rios.  
 Deixa o rustico ao fogo  
 Nem alva geada ja embranquece o prado.  
 Em doce e alegre jogo  
 Por clara Lua e fria  
 Já Venus apraziveis danças guía... (1).

Atendiendo á los frecuentes aciertos del trabajo de Resende, es de sentir que este distinguido humanista y fácil versificador no hubiese dotado á su país natal de una traduccion completa del lírico latino.

No se han impreso más ensayos de traducciones poéticas de Horacio, hechas en portugués durante ese período. Barbosa cita una traduccion que ms. dejó de la *odas* Juan Franco Barreto, intérprete celebrado de la *Eneida*, en el segundo tercio del siglo XVII, pero hoy no parece. A juzgar por su version de Virgilio, debió tener algun mérito la de Horacio.

Hubo algunas interpretaciones literales en prosa, para uso de los estudiantes, por el estilo de las de Villén de Biedma y el P. Urbano Campos. A este género de libros llamaban los escolares portugueses *Paes velhos*. Literariamente son de interes muy escaso.

Alejo de Sequeira, natural de Panoyas, en el Alentejo, tradujo y dedicó á D. Verissimo de Lancastre, despues cardenal é inquisidor general, las *Odas de Horacio en portuguez para uso dos Estudantes*, Évora, por Manuel Carvalho, 1633, 8.º, libro muy raro, citado por Barbosa, y no visto por Inocencio da Silva. Yo tampoco le he podido haber á las manos.

Jorge Gomez de Alamo parece ser el verdadero autor del *Entendimento literal, e construição portugueza de todas as obras de Horacio, principe dos poetas latinos lyricos com hum index copioso das Historias é Fábulas conteudas nellas*, libro dado á luz en 1639 por el mercader de libros Francisco da Costa, á quien han atribuido algunos la paternidad de tal version (Lisboa, por Manuel da Silva, 4.º). Hízose una segunda edicion, idéntica á la primera hasta en el número de folios, á costa de *Matheus Rodriguez, mercador de libros*, y debió ser de uso frecuente en las escuelas, pues todavia en 1718 se reimprimió en Coimbra (off. de José Antunes da Silva) con el título ligeramente alterado: *Obras de*

(1) En *O Interessante*, periódico que se publicaba hasta 1839, se imprimieron algunas de las traducciones de Resende por vez primera. Véanse las citadas, á las páginas 121, 153, 177. La edicion completa de Coimbra no se ha puesto aún á la venta (que sepamos), por no estar terminada, aunque se empezó en 1854.

*Horacio, principe dos poetas latinos lyricos, com entendimento literal, etc. Emendades nesta ultima impressao* (1). Es, en concepto de Cándido Lusitano, un plagio mal hecho de la *Declaracion magistral* de Villén de Biedma.

El mejor de los comentarios de *Pai-Velho* es el del jesuita Gaspar Pinto Correa, maestro en los colegios de Braga y Coimbra. Titúlase su obra: *Commentarii in libros Q. Horatii Flacci primo juxta verborum ordinem, uberioribus deinde notis illustrati, continens quatuor libros Carminum et librum Epodon... Conimbricæ, 1655, 4.º* La interpretacion es palabra por palabra, colocando despues de la latina la correspondiente portuguesa. Por igual procedimiento tradujo Pinto Correa las obras de Virgilio. Sus trabajos prueban, á lo ménos, conocimiento material de los originales.

Los comentadores portugueses de Horacio fueron en bastante número, aunque muy pocos llegaron á dar á la estampa el fruto de sus estudios. Al frente de todos merece colocarse Aquiles Staço ó *Statius*, doctísimo é infatigable ilustrador de libros de la antigüedad sagrada y profana. Entre sus innumerables escritos filológicos, cuyo catálogo puede verse en la *Bibliotheca Lusitana* de Barbosa, publicó un *Comentario del Arte Poética de Horacio*, impreso en Amberes, 1553, y digno de muy señalada memoria, por algunas variantes atinadas que contiene, y porque en él se comprueban y concuerdan los preceptos de Horacio con los de Aristóteles y otros retóricos griegos.

No he llegado á ver el comentario horaciano de Pedro de Veiga, impreso, segun afirman varios bibliógrafos, en Amberes, off. de Christiano Hauwel, 1578, 8.º

Aunque muy breves, merecen citarse las *In librum de Arte Poetica Horatii explanationes* (Venecia, por Francisco de Franciscis, 1587, 8.º), produccion de aquel insigne humanista Tomás Correa, digno émulo de Marco Antonio Mureto, y profesor afamado en los gimnasios de Palermo, Roma y Bologna.

Los dos jesuitas Bento Bereira y Pedro Peixoto dejaron comentarios mss. á Horacio, hoy perdidos. Citanlos N. Antonio y Barbosa.

Tampoco parecen el comentario de Manuel Machado de Fonseca á la oda 24 del libro III *Intactis opulentior*, ni las notas que al *Arte Poética* de Horacio y á la *Retórica* de Ciceron habia hecho don Fructuoso de San Juan, canónigo regular.

De ambos no queda otra noticia que las brevísimas indicaciones de Barbosa.

En la Biblioteca pública de Évora se conserva un

(1) Las dos primeras tienen VII más 250 folios; la última IV más 476 páginas.



manuscrito titulado *Paraphrases latinas as odes de Horacio e á Eneida de Virgilio*, letra del siglo XVI. Parece ser el códice que Fr. Manuel do Cenáculo dice haber encontrado entre los papeles del colegio de San Pedro de Coímbra, y que por la identidad de letras atribuía á Fr. Sebastian do Rego (1).

En la misma biblioteca se guarda un códice titulado *Vernacula ad Horatium*, escrito en 1635 por Manuel Fernández de Abreu. Es una interpretación literal, y palabra por palabra, especie de *Pai Velho* (2).

Mayor es el número de traductores en el siglo XVIII. Citaré, ante todo, á Antonio Diniz (entre los Arcades de Lisboa *Elpino Nonacriense*), poeta pindárico de bríos, y donosísimo autor del poema heroico-cómico *El Hysopo*. Tradujo en verso suelto con exactitud y elegancia la sátira 4.<sup>a</sup> del libro I de Horacio:

Eúpolis, Aristófanes, Cratino

E os mais autores da comedia antiga... (3)

No faltaron intérpretes de la *Epístola ad Pisones*. Fué el primero el P. Jacinto José Freire, de la congregación del Oratorio, más conocido por su nombre poético de *Cándido Lusitano*. Trabajó no poco en la reforma de los estudios, según el método de Verney, especialmente con una *Poética original*, tomada en sustancia de Muratori y Luzán. Pero además tradujo la de Horacio, que apareció impresa con el título siguiente:

«Arte Poética de Q. Horacio Flacco, traduzida é illustrada em português por Cándido Lusitano. Lisboa, na officina patriarcál de Francisco Luis Ameno MDCCLVIII. Com as licenças necessarias, 18 m. pres. sin foliar, y 218 pp.» Este libro, soberbiamente impreso y dedicado á Pombal, cuyo retrato va al frente, se encabeza con un discurso preliminar, erudito y juicioso, harto mejor que la versión fiel y literalísima, pero mala y prosaica, como de un latinista que nada tenía de poeta. Aseméjase mucho á la de nuestro Iriarte, que la tributó grandes elogios. En el prólogo pasa revista Cándido Lusitano á los comentadores y traductores de Horacio que él conocía. De los españoles cita á Aquiles Staço, Tomás Correa, el Brocense, Benito Pereira, Espinel y Villén de Biedma. Con juicio y discreción habla de las dificultades del traducir. En las notas que van al pié de las páginas, siguió á Dacier. La traduc-

cion está en verso suelto, y va acompañada del texto latino; acabado el cual, se pone un *Suplemento* á las *Notas* con indicaciones tomadas de Vida, Boileau y Pope, y unas *Observaciones* sobre ciertas variantes del texto. Como trabajo filológico merece atención el de *Cándido Lusitano*. Hay dos ó tres reimpresiones, no raras, de esta Poética.

Tradujo además el Padre Freire, aunque no llegó á darlas á la estampa, las *Sátiras* y *Epístolas* del Venusino. Consérvase el manuscrito (1) en la biblioteca pública de Évora, y á juzgar por la sátira primera, que como muestra publicó Seabra, es obra de escasísimo merecimiento. Así principia:

Donde virá, Mecénas, que contente  
Ninguem vive do estado que professa,  
Ou por justa razao, ou por destino  
Antes louva somente ó que outros seguem...

Está en versos sueltos, prosaicos y flojos.

Otra versión de la *Epístola ad Pisones* publicó el médico Miguel do Couto Guerreiro, aventajado latinista é intérprete asimismo de las *Heroidas* ovidianas. Titúlase su trabajo:

«Arte Poética de Horacio. Traduzida em rima por Miguel do Couto Guerreiro. Lisboa. Na Reg. Off Typographica. Anno MDCCLXXII (1772). Com licença da Real Meza Censoria. XVII+50 pp. 12.º»

En la advertencia *ao leitor* defiende algunos pasajes de su traslación en que usó de libertad excesiva. Hizola primero en versos sueltos, que luego convirtió en pareados, muy malos ciertamente. Vaya una muestra:

A Poesía ha de ser como a Pintura,  
Achas neita de perto formosura,  
Em outra, quando está mais separada;  
Esta repugna a luz, outra che agrada,  
Que he toda a que nao teme, que os perfeitos  
Julgadores a notem de defeitos:  
He tal que huma só vez he applaudida,  
Outra sendo dez vezes repetida...

Esta traducción no lleva notas, y merece alabanza muy escasa. Algo mejor que ella, y aún que la de Cándido Lusitano, es la que se rotula: *Arte Poética de Q. Horacio Flacco: traducida em verso rimado*. Coimbra, na Reg. Off. da Universidade, 1781, 8.º mayor, 47 pp., y lleva el nombre de Rita Clara Freire de Andrade. Esta señora existió realmente, pero la traducción es atribuida por el mayor número de los bibliógrafos á su esposo Bartolomé Cordovil de Sequeira y Melio, profesor de gramática latina; y por algunos á Isidoro dos Sanctos, bedel de la Universidad de Coimbra. Mas sea lo que fuere de esta cuestión no resuelta todavía, puesto que

(1) *Memorias históricas da ordem terceira de S. Francisco*, etc., pág. 58.

(2) Catálogo dos manuscritos da Biblioteca Publica Eborense, ordenado com as descripções e notas do bibliothecario J. H. da Cunha Rivera, tomo II.

(3) Poesías de Antonio Diniz da Cruz e Silva, na Arcádia de Lisboa, Elpino Nonacriense, tomo IV, que contiene poesías varias. Lisboa, 1814, na typographia Lacerdina, pág. 65.

(1) Autógrafo. 102 hojas útiles.



no hay datos irrefragables, sino tradiciones y rumores vagos, cúpleme advertir que la traslación de Rita Clara, versificada en los enfadosísimos pareados que hemos visto emplear á Miguel do Couto, y que usó también Soares Barbosa, es apreciable, á pesar de este defecto, por mostrar más animación y espíritu poético que las demás traducciones portuguesas del *Arte Poética*, si exceptuamos la de Seabra, y quizá la de la marquesa de Alorna.

No ya mala, sino de todo punto ridícula, es la que publicó Jerónimo Soares Barbosa, así rotulada:

«Poética de Horacio, traduzida é explicada methodicamente por Jeronymo Suares Barbosa, jubilado na cadeira de Eloquenza, é Poezia, da Universidade de Coimbra.» La edición que he visto es la segunda, impresa en Lisboa. Na *Typographia Rollandiana*, 1815. Com licença da Real Meza do Desembargo do Paço, IV+252 pp. El libro debió imprimirse por primera vez hácia 1790, pues ya Costa y Sá le menciona en su traducción impresa en 1794.

Tras una *Prefação* y diversos preliminares, viene un cuadro analítico de la *Poética*, tal como la entiende y divide Soares Barbosa. Así comienza esta llamada versión, mala como de dómine:

Se a cabeça humana hum pintor quisesse  
Pescoco de cavallo unir, e a este  
Juntar membros de todos os viventes  
Revestindo-os de plumas diferentes...

A cada pocos versos viene un comentario largo y erudito al modo de tantos otros, algo farragoso, pero de buena doctrina.

Mayor aprecio merece la traducción en prosa del celebrado humanista y académico Pedro José da Fonseca:

«Arte Poética de Q. Horacio Flacco. Epístola aos Pisões, traduzida em portuguez, e illustrada com escolhidas notas dos antigos e modernos interpretes, e com hum commentario critico sobre os preceitos poeticos, lições varias, e intelligencia dos lugares difficultosos, por Pedro José da Fonseca. Lisboa, Na Off. de Simáo Thadeo Ferreira. Anno MDCCXC (1790) XIX+272 pp. 4.º»

Siguió Fonseca el texto de Cuningham, consultando además gran número de comentadores y traductores, entre ellos á Iriarte. En una página coloca el original latino y al frente la versión portuguesa. En la pág. 95 empieza el *Comentario Crítico*, que es docto y curioso, citándose en él á la continua ejemplos de poetas portugueses. Conocidos son los trabajos filológicos de este erudito académico, uno de los fundadores de la Academia Real de Ciencias, y la parte activa que tomó en el volumen primero del *Diccionario de Autoridades* que comenzó á publicar dicha sabia corporación en 1793.

El padre Tomás José de Aquino, conocido por sus

ediciones de Camoens, hizo, siempre con escasa fortuna, repetidos ensayos de traducción de Horacio. Publicó primero dos rarísimos opúsculos, que contienen versiones de varias odas, á saber:

«Tradução portugueza da ode IV do livro IV de Quinto Horacio Flacco, Príncipe dos Poetas Lyricos Latinos, por Paulo Germano. Vay juntamente huma analyse da mesma ode, e vao tambem humas notas tumultuarias. Lisboa: Na off. de Manoel Coelho Amado... Anno MDCCLXI (1764). V. m. sin foliar, y 17 pp.»

En una *advertencia e satisfacção necessaria ao leitor*, trata el Padre Aquino de la poesía lírica. La aprobación de Felipe José da Gama es un juicioso y erudito discurso sobre las traducciones, fundado en las doctrinas de Huet. *De claris interpretibus*, sin olvidar las indicaciones del rey D. Duarte en el *Leal Cosselheiro*. Sostiene el aprobante que la traducción ha de ser literal, y cita buen número de traductores, tomando las noticias del libro de Huet. A continuación se halla el análisis de la oda *Qualem ministrum fulminis alitem*, y luego su traducción, que es prosaica y mala, y comienza así:

Qual a ave que os rayos lle ministra,  
A quem o Rey dos Dedres  
Jupiter deo poder nas aves vagas  
*Teudo experimentado*  
No roubo do fermoso Ganymedes  
Sua fidelidade;  
A qual, em outro tempo, á mocidade,  
E o paternal vigor  
Do ninho fez sahir, inda inexperta  
Dos trabalhos: e os ventos  
Da Primavera, as chuvas ja apartadas,  
Os insolitos voos  
Timida ehe ensiñarao; logo o forte  
Impeto á fez vaixar  
Aos curraes e aos apriscos das ovelhas  
Contraria e inimiga...

Al pié de la traslación léense breves notas.

Encuadrada con el raro ejemplar de este folleto que he visto en la Biblioteca del Convento de Jesus, hoy de la Academia de Ciencias, se encuentra una copia manuscrita por Fr. Manuel Salgado, de la «Tradução Portugueza da ode undeima do livro primeiro, e da quinta do livro terceiro de Q. Horacio Flacco, Príncipe dos Poetas Lyricos Latinos, por Paulo Germano (Fr. Tomás de Aquino):—Vay juntamente os analyses das mesmas odas, e vao tambem humas notas tumultuarias. Lisboa. Na off. de Manoel Coelho Amado... Anno de MDCCLXII.» Sirve de prólogo una larga aprobación de Gama. Cada una de las odas va acompañada de análisis y notas. Esta traducción del *Tu ne quæsieris* y del *Cælo tonantem* apenas tiene otro mérito que el de la concisión.





Dos distintas interpretaciones del *Arte Poética* publicó el Padre Tomás de Aquino. Titúlase la primera, que es muy singular por varios conceptos: «A Poética de Q. Horacio Flacco restituida á sua ordem: com a interpretação parapsfrástica em portuguez, e huma carta do editor a certo amigo sobre este mesmo assumpto. Lisboa. Na Regia Officina Typographica Anno MDCCXCIII (1793) XXVII + 167 pp.»

El P. Tomás de Aquino no se da por autor sino por editor de esta obra, á lo que se deduce de la carta preliminar, pero hay motivos harto fundados para suponer que le pertenece. El *orden natural* que en esta edicion se sigue no es el de Cascales, sino el de Petrini, tan absurdo y desbarajustado como el primero. La anónima traslacion portuguesa es una paráfrasis muy libre hecha segun la interpretacion latina en prosa del P. Inocencio. Las notas son en parte de Petrini, en parte del traductor portugués, en parte de otros intérpretes y comentadores. Asi ellas, como el descoyuntado texto que acaba en el verso *Sit tibi Musa lyrae solers et cantor Apollo*, y la paráfrasis impresa debajo llegan hasta la página 68. Llenan el resto del volumen las notas de Metastasio, algunos lugares sueltos de la *Poética* traducidos en verso portugués muy medianamente, varias notas, y el diálogo de Cascales sobre la poesia épica. Todos estos fragmentos fueron traducidos ó arreglados por el P. Aquino.

Unida á la traduccion del *Cum tot sustineas* apareció tres años despues otra de la *Epístola ad Pisones*, trabajadas las dos por el infatigable Padre Aquino. La portada dice así:

«A Epístola I do Livro segundo de Q. Horacio Flacco á Augusto, com a interpretação em verso portuguez por Thomás Joseph de Aquino, presbytero secular: Acresce a Poetica do mesmo Horacio restituida á sua ordem, e traduzida em verso vulgar. Lisboa. Na Regia officina Typographica. Anno MDCCXCVI. 4.º, 111 pp., con un prefacio suscrito por Jorge Bertrand.»

Hizo el P. Aquino esta version en ratos de ocio, y bien se conoce en lo desmadejada y floja. Asi comienza el *Cum tot sustineas*:

Como tu só sustentas, e á teu cargo  
Cousas tao graves se achem cometidas  
Como sao segurar co'as fortes armas  
O Imperio Romano, ennovrecello...

Asi está versificada toda la epístola. Siguen la curiosas notas, y acaba el tomo con el *Arte Poética*, trasladada igualmente en verso suelto:

Se hum pintor por capricho unir quisiere  
A huma cabeça humana colo equido...

No lleva comentarios, pero sí el texto latino pa-

reado con el portugués. Distingúense las interpretaciones del P. Aquino por la abundancia de desusados latinismos y frases exóticas.

Notabilísima por sus ilustraciones me parece el «*Arte Poética ou Epístola de Q. Horacio Flacco aos Pisos*, vertida e ornada no idioma vulgar com illustrações e notas para uso e instrução da mocidade portugueza por Joaquin José da Costa e Sá, Professor Regio de Lingua Latina na Corte. Lisboa, MDCCXCIV. Na officina de Simao Thadeo Ferreira, 44 + 294 pp.

Encabeza el tomo una carta latina á Costa e Sá, suscrita por T. D., y viene en pos un muy erudito *Discurso preliminar e critico sobre a Poetica de Q. Horacio Flacco*, dividido en siete secciones, que tratan: 1.º, de esta version y del método seguido en ella; 2.º, de los gramáticos antiguos que interpretaron á Horacio; 3.º, de las ediciones; 4.º, de los comentarios; 5.º, de los códices y traductores de Horacio; 6.º, de los filólogos portugueses que trabajaron sobre sus obras; 7.º, de las pruebas intrinsecas y testimonios que abonan el orden comunmente seguido en la *Poética*. Siguen á estos doctos preliminares el catálogo de las ediciones consultadas, el *argumento y sinopsis* de la *Poética*, el texto traducido en prosa y muchas notas al pié de cada página. En la 193 se leen unas *Regras analyticas extraídas da Arte Poetica ou Epístola de Q. Horacio Flacco aos Pisos*, y en la 209 diversas *ilustraciones y adiciones* á las notas. El comentario, que es lo interesante en el libro de Costa e Sá, está fundado en los de Luisino, Grisolio, Ascensio, Aquiles Estaço, Lombino, Gesner, Baxter, Bentley, Sandon, Cuningham, Batteux, Vallart y otros.

En la Biblioteca pública de Évora se custodian en cinco volúmenes *As odes de Q. Horacio Flacco, traducidas em a lingua vulgar por Joaquim José da Costa e Sá*. La traduccion es en prosa y con notas, exceptuando el libro IV y los *Épodos*, que no las tienen. El bibliotecario Rivar dice que falta el libro V; pero se equivoca, porque en las poesias líricas de Horacio no hay más libro V que los *Épodos*.

En la Biblioteca de la Universidad de Coimbra he examinado una traduccion del *Arte Poética*, no mencionada por los bibliógrafos anteriores. El título de este códice es como sigue: «*Arte Poetica de Q. Horacio. Traducida da lingua latina para a portugueza, em obsequio da mocidade. Por Joao Rossado de Villalos e Vasconcellos, Bacharel nella Universidade de Coimbra e Profesor Regio de Rhetorica e Poetica na cidade de Evora*. Ms. de 19 folios útiles, con un prefacio y un *Compendio das regras principais da versificação portugueza*.» Está en prosa, y vale poco ó nada. Lleva al fin la licencia para imprimir.

El distinguido é incansable bibliófilo Inocencio da Silva poseía una traduccion manuscrita (en prosa)



del *Arte Poética*, hecha por el profesor Bento José da Sousa Farinha, conocido por su epitome de la *Biblioteca* de Barbosa y sus ediciones, poco esmeradas, de las comedias de Jorge Ferreira de Vasconcellos.

Comenzaban á caer en desuso las interpretaciones literales de Pinto Correa y Gomes de Alonso, cuando el profesor José Antonio da Matta publicó otra más aceptable, así rotulada:

«Odes do Poeta Latino Q. Horacio Flacco. Traduzidas literalmente na Lingua Portuguesa. Obra utilissima para todo o genero de pessoas que dezejáo entender sem trabalho os agudos pensamentos, frases selectissimas e fabulas exquisitas deste tão metaphorico como purissimo autor da Lingua Latina. Illustradas com copiosissimas notas, que evidentemente aclarao e manifestamente dissipao a escurida de das mas translações, por José Antonio da Matta, professor regio da Lingua Latina nesta corte. Lisboa. Na off. Patr. de Francisco Luiz Ameno. MDCCLXXXIII (1783) XI+399 pp.»

El autor (cuyo gusto puede juzgarse por el frontis) publicaba esta obra por cuadernos; pero no llegó á estamparse más que el primer tomo, reducido á los dos primeros libros, y no íntegros, puesto que aparecen del todo suprimidas, por motivos de honestidad, las odas 5.ª, 13, 19, 23, 25, 33 del I; 4.ª, 5.ª 8.ª del II, y muchos pasajes de otras. La traduccion es en prosa y por el estilo de la del P. Urbano Campos. Lleva largas notas explicativas, y al principio de cada oda se apunta el género de metrificacion á que pertenece, y aún se mide una estrofa para muestra.

Traducciones de odas sueltas se hallan en las obras de algunos poetas de este tiempo, ó en publicaciones diversas. Citaré las que recuerdo.

Francisco Dias Gomes, notable crítico, interpretó la oda 14 del libro I, *Oh navis, referent in mare*. Hállase en las notas á la oda 7.ª de las suyas originales (1), y no pasa de mediana. Así comienza:

Novas ondas vorazes,  
Atrevido Baixel, a o mar te levao:  
Oh vê bem o que fazes:  
Olha que as tempestades já se elevao:  
A vela nao te faças,  
Vê que una de remos te espedaças...

Domingo Caldas Barbosa insertó la oda 1.ª, *Mæcenas atavis*, en la tercera parte del *Almanach das Musas, offerecido ao genio portuguez*, impreso en Lisboa, 1793.

(1) Obras Poéticas de Francisco Dias Gomes: Mandadas publicar por orden da Academia Real das Sciencias, á beneficio da Viuda e Orfaos do Author. Lisboa. Na Typographia da Academia R. das Sciencias. Anno de 1799. pag. 356.

El célebre y desdichado matemático José Anastasio da Cunha, perseguido por el Santo Oficio á causa de sus ideas y escritos impíos, cultivó, y no con escasa felicidad, la poesía. Sus versos fueron publicados por Inocencio da Silva (1) en 1839; pero años despues de hecha esta edicion tropezó el docto bibliógrafo con varias poesias inéditas, entre ellas una version de la oda 3.ª del libro III del lirico romano, *Justum et tenacem*.

Con el título de *Obras inéditas dos nossos insignes poetas Pero da Costa Perentello, coevo do grande Luis de Camoes, e Francisco Galvao, estribeiro do Duque D. Theodosio, e de muitos anonimos...* Dadas á luz fielmente trasladadas dos seus antigos originaes... por Antonio Lourenço Caminha, professor regio de Rhetorica e Poetica, salieron varios tomitos á fines del siglo pasado. La autenticidad de muchas de las composiciones en ellos incluidas anda en tela de juicio. En el tomo I (Lisboa, na off. de Antonio Gomes, 1791) se insertan al fin algunas odas de Horacio vertidas en lingoagem portuguezã, que ni por el estilo ni por la versificacion pueden pertenecer al siglo XVI siendo á todas luces obras del editor ó de contemporáneos y amigos suyos. Estas odas son:

1.ª del libro I, *Mæcenas atavis*:

Ramo ilustre dos reys, claro Mecénas,  
Amparo e gloria minha...

3.ª del mismo, *Sic te Diva*:

Assim de Chypre a Deoza poderoso,  
Y de Helena os irmaos, astros luzentes...

Otra version de la misma oda:

Assim de Chypre a Deoza poderoso,  
Assim de Helena os dois Irmaos no olympo...

30.ª del mismo libro, *Oh Venus Regina Gnidii*:

14.ª del II, *Eheu fugaces*:

O tempo voa, o Postumo, que os annos  
Da curta idade nossa fugitiva...

5.ª del IV, *Divis orte bonis*:

O Augusto, de Eneas descendente,  
Pai da Patria querido...

2.ª del *Epodon*:

Feliz únicamente  
O que no campo izento de cuidados,  
Bem com' a antiga gente...

(1) Composições poéticas do Doutor Joseph Anastasio da Cunha, natural de Lisboa. Lente de Mathematica na Universidade de Coimbra, falecido no anno de 1787, agora colligidas pela primeira vez. Lisboa... Anno de 1839.



13.ª del mismo, *Horrida tempestas*:

Em quanto asanha os ventos furibundos

O encarquilhado Inverno, e das mazmorras...

Algunas de estas odas se atribuyen á Gilinto. Como quiera que sea, me parecen buenas y dignas de conocerse. Tráscrito por muestra la más breve:

Deixa a querida Chipre, e de Glicera

Ven habitar a caza magestoza,

Tu que governas sobre Pafo e Gnido,

Deoza formoza.

Ella t'invoca, e em sacrificio attende,

Como tornando vai grossos os ares

O leve fumo de queimado incenso

En teus altares.

Ninfas, Mercurio, Amor e as Graças nuas

Voen sobre os teus passos delicados,

E a gentil Hebe só por di cercada

Del mil agrados.

José Dias Pereira, entre los Arcades Silvano Erycinó, tradujo la oda 17.ª del libro II de Horacio. Hállase en la version del *Cato sive de senectute* publicada por el padre Tomás de Aquino á nombre de Marcial de Resende, y en el *Jornal Poetico* que en 1812 daba á la estampa el editor Desiderio Marqués Lead.

Francisco Manuel de Oliveira, profesor de Filosofía en Funchal, trasladó á lengua portuguesa las odas 1.ª, 2.ª, 3.ª, 6.ª y 22 del libro I, la 3.ª del II y los *Epodos* 11.º y 15.º Léense en el tomo II de su *Colleçao poetica* (1), pág. 84 y ss. Son de mérito muy escaso.

Bartholomeu Soares de Lima Brandao en sus *Obras poeticas* tiene traducciones de la oda 13.ª del libro I, y del épodo 2.º No he visto los ensayos de este traductor, mencionado por Inocencio da Silva.

Vagamente cita el mismo Silva traducciones de Horacio hechas por José Fernandez Oliveira Laitao de Gouvea y algun otro.

En la Biblioteca de Évora se conserva una paráfrasis latina de la oda 14.ª del libro I, *Oh navis*, en verso y por autor anónimo, letra de comienzos del siglo pasado (2). En la misma Biblioteca se guarda una traduccion y comentario en portugués de las tres primeras odas por Antonio Carlos da Silva Franco, autor de la misma centuria, á lo que sospechamos.

(1) Lisboa, na off. de Ferreira, 1794, en 8.º, 173 págs.

(2) Cód. CXIV (fol. 109.)  
1—19/5

### III.

Casi simultáneamente aparecieron en los primeros años de este siglo dos traducciones de las *Odas* de Horacio en verso portugués, notables ambas por diversos conceptos. Hizo la una el célebre P. José Agustin de Macedo, escritor fecundísimo y atrabiliario, hombre de varia erudicion y de lucido ingenio, aunque de escaso gusto y sobrada arrogancia. Rotúlase su libro: *Obras de Horacio, traduzidas em verso portuguez por José Agostinho de Macedo. Tomo 1.º Os quatro livros das Odes e Epodos. Lisboa. Na Impressao Regia. Anno 1806*, y consta de XXXV pgs. de preliminares, 222 de texto y una de erratas. En el Prefacio quéjase el P. Macedo de la corrupción del gusto, aludiendo con toda claridad á Bocage y sus discípulos. Divide su introduccion en tres artículos. Trata el primero *de las traducciones que se han hecho de Horacio en diversas lenguas*. Macedo, escribiendo de memoria, segun su costumbre, cita algunas francesas, inglesas é italianas, dos portuguesas en prosa, sin especificarlas, y mienta como de oidas algunas más. En el segundo artículo discurre sobre el método seguido en su traduccion y las causas que le obligaron á hacerla, entre las cuales muy inocentemente apunta la gran semejanza que hallaba entre el carácter é ingenio de Horacio y el suyo. Por lo demas, dice con buen acuerdo que la traduccion ha de hacerse por peso y no por medida. El párrafo tercero de su discurso preliminar, dedicado á *la vida y escritos de Horacio*, nada ofrece digno de particular memoria. Siguió Macedo para su traslacion el texto latino de Juan Boud (Amsterdam, 1750, Off. de Blæu), que es de los más correctos. Puso íntegras todas las *Odas*, excepto el *Quid tibi vis mulier dignissima barris*, que suprimió por completo.

El Horacio del P. Macedo no lleva notas, y está todo en versos sueltos diversamente combinados. Ha tenido siempre escasa fama, quizá por ser tan execrada en Portugal la memoria del acerbo detractor de Camoens; pero juzgándole con imparcialidad, ha de confesarse que la traduccion es en conjunto buena, aunque no muy poética ni agradable. Adolece de frecuentes prosaismos y abunda en versos débiles y malos, pero pocas veces yerra el sentido, y precision y exactitud las tiene casi siempre, á pesar de las libertades que el traductor gusta de tomarse. Lo que le falta es espíritu horaciano, y sentimiento de las delicadezas y armonías del original. Tiene además trazas de obra improvisada, sin preparacion ni estudio suficientes, y por tal razon ni puede darse como definitiva ni tomarse por modelo, aunque quizá vencería puesta en cotejo con la de Ribeiro dos Sanctos. La version del *Canto Secular* es muy buena en Macedo, y no ménos, aun-



que afeada por algunas desigualdades, la de la Oda 29.ª del libro III. *Thyrrena Regum progenies*. Como esta traducción es poco leída, aun en Portugal, transcribo el *Poscimus si quid* (Oda 32.ª del libro I.)

À LYRA.

Se de cuidados desprendido, ó Lyra,  
 Á sombra recostado,  
 Versos dignos de tí cantava outr'ora,  
 Humilde te suplico,  
 Eterna duração des a meu canto:  
 Eia, ó Lyra, acompanhá  
 Lyricos versos en latino idioma:  
 Modulou-te primeiro  
 Raió da guerra, o cidadáo de Lésbos,  
 Que on nó mavorcio campo,  
 Ou dando fundo ás naos na fresca praia,  
 Cantava de contínuo  
 As Musás, e Liéo e a Cypria Deosa,  
 E o folgazáo Menino  
 Que ella não deixa separese do lado  
 E Lycas magestoso  
 De negros seios, de cabelos negros  
 O d'Apolló ornamento,  
 Prazer de Jove, armoniosa lyra,  
 Dos meus duros trabalhos  
 Em todo o tempo bálsamo suave,  
 Ó Lyra, eu te saúdo:  
 Invocada por mim, propicia acude  
 A meus férvidos vates.

Macedo tradujo tambien las sátiras y las epístolas, pero no llegaron á imprimirse. Fr. Mariano Velloso, director de la Real Imprenta, llevó el manuscrito al Brasil en 1807, y allí hubo de perderse.

En el *Semanario de Instrução y Recreio* en que colaboró Macedo se insertaron paráfrasis de las odas 12.ª del libro II, 30.ª del III, 16.ª y 14.ª del II y traducciones más literales de la 5.ª del libro I, 3.ª y 2.ª del mismo, distintas todas de las incluidas en la edición de 1807. Se publicaron por el orden en que van especificadas.

Mayor celebrad ha obtenido *A Lyrica de Q. Horacio Flacco, Poeta Romano, trasladada literalmente em verso portuguez por Elpino Duriense. Tomo I. Lisboa, Na Imp. Reg. Anno 1807.*

Esta elegante edición consta de dos volúmenes, el primero de IX + 227 pp., y el segundo de 299 de texto y 1 de índice. Encabézala una dedicatoria á Ricardo Raimundo Nogueira, traductor de la *Poética de Aristóteles*, y acompaña á la traducción un texto latino muy correcto.

El traductor oculto bajo el nombre arcádico de *Elpino Duriense*, no es otro que el erudito y laboriosísimo bibliotecario Antonio Ribeiro dos Sanctos,

cuyas obras inéditas llegan al portentoso número de 150 volúmenes en 4.º En el prólogo á su trabajo horaciano afirma que no le hizo en prosa por entender (y con razón) que la prosa nunca fué el idioma de los oráculos de Delfos ni la lengua de los Dioses, y que los poetas solo pueden y deben ser traducidos en verso. Era Ribeiro dos Sanctos versificador elegante y buen hablista, lírico de segundo orden, al modo de su tiempo, y grande imitador de Antonio Ferreira. Mas para traducir á Horacio faltábanle fuerzas y nervio, y más que todo, flexibilidad de ingenio y riqueza de recursos artísticos. Por eso, su traducción, sin ser *insípida*, como pretende Almeida-Garret, es por lo ménos en alto grado monótona, como si se fundiesen en un solo y estrecho molde todas las creaciones del lírico latino, y se diese un carácter uniforme, descolorido y de académica elegancia á todos los rasgos de su vivo, agudo y caprichoso ingenio. El grave magistrado no logró hacer hablar portugués á Horacio sino sacrificando su carácter poético en aras de una regularidad fría y seca. Su traducción es literal, pero muerta. Está allí el cuerpo, mas no el alma de Horacio. No deja, por eso, de ser obra de admirable estudio, y digna en tal concepto de alabanza. La versificación es casi siempre flúida y sonora, usando Ribeiro con predilección la estrofa de Francisco de la Torre. Suprimió por motivos de decoro los dos épodos *In annum libidinosam*, un trozo del II *A Canidia*, los finales de las odas 4.ª y 6.ª del I, 8.ª y 9.ª del II y un retacito de la 6.ª del III. Para muestra del trabajo de Ribeiro dos Sanctos, inserto las primeras estrofas del *Odi prophanum vulgus et arceo*:

Aborreço o profano vulgo, e afasto.  
 Calai vos: eu das Musas sacerdote  
 A's virgens e aos meninos versos canto,  
 Nunca até ágora ouvidos.  
 Sobre o proprio rebanho os reis tremendos,  
 Nos mesmos reis tem Jové imperio, claro  
 C' o giganteo triumpho, que o universo  
 Com o sobrólho abala.  
 Disponha hum mais arvores á linha  
 Do que outro: ao campo desça hum candidato  
 Com mór nobreza: este mais pertenda  
 Por costumes e fama.  
 Outro tenha mór turba de clientes:  
 Com lei igual sorteia a fatal morte  
 Os altos e os pequenos: a grande urna  
 Revolve os homes todos.  
 A quem sobre á cerviz impia a espada  
 Nua pende, nem siculos banquetes  
 Darao doce sabor, nem canto d'aves—  
 Ou lyra trará somno.  
 O somno brando dos agrestes homens



Os humildes albergues nao desdenha;  
Nem as umbrosas ribas, nem os Tempes  
Dos Zéfiro movidos...

En la Biblioteca Nacional de Lisboa se conserva un manuscrito titulado: *Trasladação de algumas odes de Horacio em linguagem mandadas copiar pel o Dr. Antonio Ribeiro dos Sanctos*. Tiene la marca D—4—22. Algunas de estas versiones son del mismo Ribeiro y distintas de las que despues incluyó en su *Horacio*, á saber:

Oda 1.<sup>a</sup> del libro I, *Mecenas atavis*.

Id. 3.<sup>a</sup> del mismo libro, *Sic te Diva*:

Assim de Cypre a Deosa soberana...

Id. 14.<sup>a</sup> del libro II, *Eheu fugaces*. Es una paráfrasis, y la incluyo para que se compare con la traduccion literal, única hasta ahora impresa:

Posthumo, Posthumo, os veloces annos

Da curta idade nossa fugitivos

Escapando-nos vao, sem que os detenha

A constante virtude.

Nunca farás por mais que justo sejas

Que venhao tarde as rugas, e a vélhice,

Que sobre ti ja pende, se demore

E a indomavel morte.

Canças-te em vao por mais que en sacrificio!

Ao Deos Plutao que nunca se internece,

Barbaro sangue de trezentos toiros

Derrame cada dia.

Terrivel Deos que a Geriao disforme

De tresdoblado corpo monstro horrendo

E o fulminante Tycio retem prezos

Aleín do triste rio.

Río fatal que todos surcaremos

Quantos cá sobre a terra respiramos,

Ou nos sejam Principes potentes

Ou povres lavradóres.

Em vao fugimos de arriscar a vida

Na sanguinosa guerra, em vao tememos

Do Adriatico mar que se espedaça

Surcar as loucas ondas.

De balde acautelados procuramos

Abrigar-nos do Austro que no Autono

Das negras azas sobre nos sacode

Mortiferas doencas.

Pois que havemos de ir ver Cocyto escuro

Que vai dormeues agoas arrastrando,

Iremos ver de Bello as impias netas

Na barbara fadiga.

E a Sysipho infelis pelo alto monte

Nos já cansados hombros carregando

Com incessante lida o enorme pezo

Do voluvel rochedo.

Triste hum dia ha de oirem, que tu deixes

Para nunca a ver mais a patria terra,  
O soberbo palaco, á char a esposa,  
Metade da tua alma.

D'arvores mil que tu cá tens plantado  
De que has de ser senhor por poucos dias,  
Somente irao contigo a sepultura

Os lugubres cyprestes.

E o licor de Champania que mesquinho  
Debaixo de cem chaves aferrolhas,  
Mais digno do que tu, pródigo herdeiro

O beberá rindo.

O vinho que mais doce nunca virao  
As Pontificias sumptuosas mezas  
Derramará com mao desperduçada

No rico pavimento.

En el citado manuscrito se conservan algunas odas traducidas por Fr. Alejandro da Sacra Familia, obispo de Malaca y tio de Almeida-Garrett. Los bibliógrafos portugueses no las citan. Son:

4.<sup>a</sup> del libro I, *Solvitur acris*:

Amacia-se o duro inverno a volta

Benigna do verao, e de Favonio...

7.<sup>a</sup>, *Vides ut alta stet nive candidum*:

Veç como d'alta neve está Soracte

Branco?...

10.<sup>a</sup>, *Mercuri facunde*:

O'Mercurio facundo neto d'Atlas...

17.<sup>a</sup>, *Velox amœnum scepe Lucretilem*:

Do Lyceo ao Librete ameno Fauno...

21.<sup>a</sup>, *Dianam terra*:

Cantai, Dianna, tenras donzelinhas,

Cantai, meninos, ao intenso Apollo...

12.<sup>a</sup>, *Integer vito*:

O varao inocente, e sem maldade

Nem dos arcos moriscos...

14.<sup>a</sup>, *Musis amicus*:

Eu grato ás Musas, a tristeza e medos

Entregarei aos ventos apanhados...

2.<sup>a</sup> del libro II, *Nullus argento color est avaris*:

Nao tem a prata cor, Crispo Sallustio...

10.<sup>a</sup>, *Rectius vives*:

Melhor, Licinio, diviras nem sempre...

16.<sup>a</sup>, *Otium Divos*:

Socego aos Deoses pede esmorecido

No largo mar Egeu o navegante...





1.º del III, *Odi prophanum vulgus*:  
Profano vulgo, eu fujo, eu te aborreço...

2.º del IV, *Pindarum quisquis*:  
O que á Pindaro tenta imitar, Yolio...

7.º *Diffugere nives*:  
Ya fugirao as neves...

13.º *Audivere, Lyce*:  
Ouvirao, Lyce, os Deoses os meus votos,  
Ouvirao, Lyce, os Deoses,  
Estas velha.....

2.º de los *Epodos*, *Beautus ille*:  
Feice o que apartado dos negocios  
Como os mortaes antigos...

3.º, *Parentis olim si quis impia manu*:  
Si algem com impia mao do pai ja velho...

Casi todas estas versiones, que no pasan de medianas, aunque hechas con buena inteligencia de los originales, llevan algunas notas. Al obispo de Malaca parece que debe atribuirse tambien el *Quid dedicatum poscit Apollinem* que aparece en el mismo códice:

Que pede ao dedicado Apollo o vate,  
Que roga, que pretende...

De Fr. José do Coração de Jesus, poéticamente llamado *Almeno*, hay en el ms. citado una traduccion del *Mecenas atavis*:

Ramo illustre dos Reys claro Mecenas,  
Amparo e gloria minha...

Es distinta de la incluida en el tomo II (pág. 64), de las *Poesias de Almeno*, publicadas por *Elpino Duriense* (Lisboa, na Typ. Lacerdina, 1815, 12.º)

Otra traduccion completa de las odas hizo el diplomático Antonio Araujo de Azevedo, conde de Barca, protector y amigo de Filinto. Quedó inédita, y debia valer poco, pues el mismo Francisco Manuel era de opinion que el *Horacio latino* debia consagrarse á *Vénus*, y el portugués á *Vulcano*.

Al frente de los traductores de odas sueltas debe figurar el citado *Filinto Elysio*, ó sea Francisco Manuel do Nascimento, poeta horaciano de los más señalados de nuestra Peninsula. En sus *Obras Completas* (Paris, na officina de A. Bobée, 1819), que constan de once volúmenes, hay esparcidas diferentes versiones horacianas. Léense en el tomo I una parodia de la oda 2.º *Jam satis terris*, y una traduccion del *Rectius vives* (10.º del libro II):

Melhor, Licino, lograrás a vida  
Nem sempre com a proa... (pág. 447.)

En el III, interpretaciones de las odas siguientes:  
12.º del libro I, *Quem virum aut heroa*:

Que homen, que heroe, que Deos, oh Clio, eleges  
Na lyra celebrar, na arguta flauta...

13.º del mismo libro, *Cum tu Lydia Telephi*:  
Quando de Télepho o rosado collo  
Louvas, oh Lydia, e os nides braços louvas...

Épodo 7.º, *Quo, quo, scelesti ruitis*:  
¿Onde ides de tropel? ¿onde, malvados?  
A que é tanto preparo  
De acicalados ferros para as dextas.

En el 5.º la epístola 2.º del libro I:  
Maximo Lolio, em quanto tu declamas  
Em Roma, repazei eu em Preneste  
Esse scriptor da guerreada trova... (pág. 154).

En el 11.º, las odas que á continuacion van registradas:

11.º del libro I, *Tu ne quæsieris*:  
Tu nao trates (que e mao) saber, Leuconoe.  
Que fim darao a mim, a ti os Deoses...

38.º del mismo libro, *Persicos odi, puer, apparatus*:

Dos persas abhorêço os aparatos:  
Desagradao-me, oh Môço...

5.º del libro III, *Cælo tonantem*:  
Reinar cremos nos Ceos tronante Jove...

3.º del libro I, *Sic te Diva potens*:  
Assim de Chipre a Deosa poderosa  
E de Helena os irmaos, astros luzentes.

(Es casi idéntica á la incluida en las *Poesias inéditas de Pero da Costa Perestrello*):

22.º del mismo libro, *Integer vitæ*:  
Homen de vida san, limpa de crime,  
Nem de venablos, nem de Mauros arcos...

23.º del mismo libro, *Vitas hinnuleo*:  
Qual o gamo, que á mae medroza busca...

9.º del libro II, *Non semper*:  
Nem sempre as nuvens sôbre altivas brenhas...

31.º del libro I, *Quid dedicatum poscit Apollinem*.  
Grande suele ser la concision y el carácter hora-



ciano en las traducciones de Filinto, aunque las afeen desaliños de estilo (nunca de lengua) y malos versos. Fáltale, asimismo, variedad de tonos, y su riqueza de medios artísticos no es grande, aunque harto mayor que la de Ribeiro dos Sanctos.

Francisco Garção Stockler, general, hombre político, y matemático señalado, tradujo las odas *Mecenas atavis é Integer vitæ* (1.ª y 14.ª del primer libro). Hállanse en las páginas 49 y siguientes de sus *Poetas Liricas*, impresas en Londres, 1821, por T. C. Hansard.

De Pedro José Constancio, poeta fallecido en 1820, dice Inocencio da Silva que dejó traducciones manuscritas de algunas odas de Horacio.

Nuño Alvarez Pereira Pato Moniz hubiera podido dar á Portugal el monumento horaciano que aún le falta, á haber sido mayor su diligencia ó ménos azorada y tempestuosa su vida política y literaria. Los fragmentos hoy conocidos sirven sólo para hacernos lamentar la pérdida de lo restante. En el *Observador Português, obra de erudição e recreio, por huma Sociedade de Literatos*, periódico que se publicaba en Lisboa en 1818 (Na Typ. de Joao Baptista Morondo), se estamparon las odas siguientes, traducidas por Pato Moniz en igual número de versos que el original:

3.ª del libro I, *Sic te Diva*:

Assim de Chipre a Deosa,  
E de Helena os Irmaos, lucidos Astros,  
Assim o Rey dos ventos  
Te reja, e todos prenda, excepto o Jápyx...

19.ª, *Bacchum in remotis*.

3.ª del libro III, *Iustum et tenacem*:

Ao Varao justo, e em seus propostos firme,  
Nao ó Povo que ardente ordena insanias,  
Nem do Tyranno o formidavel vulto  
... D'altas tenções o desce...

2.ª del libro IV, *Pindarum quisquis*:

Quem quer que tenta emulações com Pyndaro  
Em céreas plumas de lavor Dedáleo,  
Se firma, ó Julo, é tem de dar seu nome  
Ao vitreo ponto...

2.ª del Epodon, *Beatus ille*.

Ditoso aquelle que evitando tráfgos  
Qual os mortaes primeiros... (1)

Estas odas han sido más tarde reproducidas en *O Instituto de Coimbra*, y en otras partes. En ellas:

(1) Las dos primeras se leen en el tomo I, páginas 158 y 175 del *Observador*; las restantes en el II, páginas 6, 107, 128 y 107.

Pato Moniz compite con Búrgos, y excede á todos los intérpretes lusitanos. Júzguese por el *Bacchum in remotis*:

Crede-o, vindouros: em remotas grutas  
Vi Bacho, versos ensinando, e as Nynfas  
E os capripedos sátiros auri-hirtos  
Escutando aprendíam.  
Evoé! recente horror me occupava mente  
Cheio de Bacho en torbação me alegre,  
Evoé! perdoa, o Bacho, formidando  
O veneravel tyroso.  
Dá-me que eu cante as Thyadas protervas  
E do vinho a nascente, e os uberosos  
Rios de leite, e que dos cavos troncos  
Manante o mel rediga.  
Dá que eu da tua fausta esposa cante  
A cróa entre as estrellas collocada,  
Por terra os paços de Pentheo, e as penas  
Do Threicio Lycurgo.  
Tu donas rios e revoltas mares,  
E temulento en desviados serros,  
Sem dâmmo das Bistonides apertas  
Em no vipereo a grenta.  
Tu dos Gigantes quando a impia formo  
Os montes sobrepondo, a o Ceo tentara  
Com guerra, e dentes de Leao terrivel  
A Rhetho profligaste  
É bem que as danças, jogos é prazeres  
Mais que a peleja idóneo te julgavam,  
Tu eras igualmente poderoso  
Na paz, ou já na guerra.  
Das aureas pontas descorado vio-te  
O Cerbero inoffenso, e humilde a cauda  
Meneando ao voltares, c'o trilingüe  
Bocca nos pés lembea-te.

Los dos últimos versos de este capítulo son los que arraque lírico tienen algunas estrofas de esta version desigual por otra parte! ¡Y qué latinismos más felices, el *auri-hirtos*, por ejemplo!

El presbítero Francisco Roque de Corvalho Moreira insertó en sus *Poetas Varias* (Lisboa, 1817) una traducción del *Mecenas atavis*.

José María Dantas Pereira de Andrade, marino y matemático, tradujo el Epodon 11.ª *Beatus ille*, y la epístola 2.ª del libro I. Pueden leerse en el tomo II de *Diversoes metricas* (Lisboa, Imp. Reg., 1824), páginas 73 y 78.

Un anónimo publicó en los *Annaes das Sciencias, das Artes e das Letras*, versiones de las odas 1.ª, 2.ª, 3.ª, 4.ª, 6.ª, 7.ª, 8.ª y 14.ª del libro I, y del Epodon 2.ª, tantas veces imitado y traducido. Cítalas Inocencio da Silva.

Lugar muy señalado merece en este registro de traductores de Horacio la bella y discreta marquesa de Alorna, doña Leonor de Almeida, conocida por



el nombre arcádico de *Alcipe*. En el tomo II de sus *Obras Poéticas* (1) hallamos estas composiciones más ó menos directamente tomadas del Venusino:

Epístola *A Jonio*, imitación que puede pasar por traducción libre de la primera del libro I de Horacio.

*A Irancilia*, oda imitada de la de Horacio *Quem tu Melpomene semel*.

Traducción, generalmente buena, del *Jam satis terris*.

Oda á la muerte del marqués de Alorna, hermano de la autora. Imitación del *Quis desiderio*.

*A la Fortuna*, imitación del *Oh Diva gratum*.

*A meu filho*, imitación del *Angustam amici*.

*A Henriqueta minha filha*, imitación del *Tu ne quesieris*.

*A Federica minha filha*, traducción (salvo el final) del *Solvitur acris*.

*A S<sup>ma</sup>*, imitación del *Mysis amicis*.

*Sobre a projectada funcção da valla com o Alpia coulo em Almeirin*. Imitación del *Laudabunt alii*.

*A minha lyra*, imitación del *Poscimus si quid*.

*A una fonte...* del *Oh fons Blandusiæ*.

Hay otra imitación del *Non usitata nec tenui ferar*.

Estos ensayos son con harta frecuencia débiles y prosaicos; pero encierran estrofas y rasgos dignos de memoria. El *Retortis violenter undis* nunca se ha traducido mejor que en este pasaje:

Vio-se o Tibre *torcer violento as ondas*

Que a Etruria repulsaba contra Roma,

Derrubando de Numa o paço excelso,

E a capella de Vesta.

Los dos últimos versos de este cuarteto son flojos, y la *capella* infelicísima. Mejor interpretó Búrgos;

Anejar amagando en roja espuma

Templos de Vesta, alcázares de Numa.

Y Pero en los dos primeros lleva la ventaja Alcipe.

En 1812 imprimióse en Londres (oficina de T. Harper) la *Poética de Horacio*, e o *Emsaio sobre a Critica*, de Alexandre Pope. Em Portuguez. *Dedicado a preciosa memoria d'el Rey D. João IV. Por huma portugueza* (174 pp.).

La portuguesa no era otra que Leonor de Almeida, que encabezó su obra con un valiente soneto.

(1) Obras poéticas de doña Leonor d'Almeida Portugal Lorena é Lencastre, Marquesa d'Alorna, Condessa d'Assumar e d'Oeynhausén, conherida entre os poetas portuguezes pelo nome de Alcipe. Lisboa. Na Imprensa Nacional, 1847, 6 tomos 4.º con el retrato de la autora.

La traducción de la *Epístola ad Pisonem* está en verso suelto, y adolece, como todas las obras de la Marquesa, de falta de nervio, de igualdad y de corrección. Pero el texto está, fuera de dos ó tres descuidos, soberánamente interpretado, y si no da á la autora el galardón de excelente poetisa, debe granjearle á lo ménos el de muy entendida latinista, lauro común en los tiempos de Luisa Sigea y de Fulvia Morata, pero muy raro en los nuestros. He dicho que hay algun yerro, aunque leve, de interpretación en el trabajo de la ilustre dama: véase un ejemplo. El verso

*Aut famam sequere, aut sibi convenientia finge,*

en que el *convenientia sibi* indica que haya consecuencia entre las ficciones del poeta, fué entendido por Alcipe en el sentido de *verosimilitud*, de esta suerte:

Pintai segundo a fama, ou de maneira

Que o fingido provavel nos parêça...

Más tiene disculpa, y no poca, en este lugar la marquesa del Alorna, pues la frase es oscura, y traductores egregios la han interpretado de muy diversos modos. Búrgos dijo:

Si caracteres conocidos trazas,

Ó del todo confórmate á la historia,

Ó no la contradiga lo que añadás...

en lo cual, como se ve, apartóse igualmente de la interpretación común, aunque por diverso camino que Leonor de Almeida. Acercóse á Búrgos don Juan Gualberto Gonzalez, traduciendo:

Tú, escritor, ó confórmate á la historia,

Ó siguela de cerca en lo que añadás...

Yo, dejando á cada cual en su opinión, sigó la más natural y adoptada por el mayor número de comentadores.

La traducción de la Marquesa de Alorna fué reimpressa en el tomo V de las obras de esta escritora notabilísima, gloria de su sexo y ornamento de la nobleza lusitana.

Otras versiones de la *Poética* aparecieron despues de la de Alcipe.

El Dr. Antonio José de Lima Leitao, traductor de Virgilio, Lucrecio, Boileau, Milton y otros poetas antiguos y modernos, publicó en Bahía, el año 1818, el *Arte Poética de Horacio, traduzida en verso* (4.º, V+58 pp.) Reprodújose en Lisboa, 1827 (na typ. de Manuel José da Cruz, 31 pp.), pero alcanzó éxito muy dudoso. Es dura, escabrosa y llena de latinis-



mos y transposiciones violentas. El autor era médico excelente y erudito filólogo, pero nada poeta.

D. Gastao Fausto da Camara Coutinho, capitán de fragata y bibliotecario del Ministerio de Marina, hizo una *Parafrase da Epistola aos Pisos, communmente denominada Arte poética de Quinto Horácio Flacco, com annotações sobre muitos logares*. Lisboa: Na Typ. de José Baptista Morandó. 8.º 77 + 179 pp. Más que la paráfrasis merecen estimación las notas, que son atinadas y eruditas. Fué póstuma la edición de este libro.

Un nombre glorioso, el del rey de los poetas portugueses de nuestra era, hemos de añadir á la lista de traductores de odas sueltas del Vennusino. En las *Flores sem fruto* (Lisboa: Na Imp. Nac. 1858), publicó Almeida-Garrett traducciones del *Pindarum quisquis* y del *Mater scæva cupidinum*, dignas de contarse entre las mejores que atesora la lengua de Portugal, y testimonio bastante de la aptitud del ilustre autor de *Fr. Luis da Sousa*, de *Adosinda* y de *Doña Branca*, para este género de trabajos, en que apenas probó sus fuerzas.

Véanse algunas estrofas del *Pindarum quisquis*, y compárense con las de Búrgos:

Como esse rio que ingrossou co' a cheia  
E vem do monte, as ribas alagando,  
Tal ferve é corre da profunda bocca  
Pindaro inmenso.

Sempre dos couros apolíneos digno,  
Ou dithyrambos cante em novos termos,  
E livre entoe numerosos versos

Da regla soltos,  
Ou cante os numes, ou reis sangue d'elles  
Que justa morte deram á Centauros  
E horridas chammas apagar poderam

Da atra chimera,  
Ou va coroando com os dons das Musas,  
Os que vencendo na corrida ou lucta

Ricos das palmas d' Elide que cingem  
Aos ceus se elevan.  
Ou sôbre a espôsa abandonada chore

A quem roubaram o marido joven,  
E aureos costumes, e a virtude exalte,  
Pragueje o inferno...

Es patente la inferioridad de Garrett respecto al traductor granadino, á pesar de los buenos versos esparcidos en este trozo. Búrgos traduce con más limpieza y aliento lírico. Ciertamente es que en el *Pindarum quisquis* aparece superior á sí mismo y casi insuperable.

Francisco Evaristo Leoni, en sus *Obras poéticas* (Lisboa, 1836), inserta una elegante traducción del *Donec gratus* (oda 9.ª del libro III):

Em quanto aos olhos teus era agradavel,

Nem mancebo mais bello ao nivio collo

Os braços te lançaba,

Mais próspero vivi que o Rey dos Persas...

En el tomo I de *O Interessante*, periódico ya mencionado al hablar de Andrés Falcao, vieron la luz traducciones anónimas de las epístolas y sátiras siguientes:

Epístola 1.ª del libro I, *A Mecénas*:

Nos meus primeiros versos celebrado

Dos mais sublimes digno, o meu Mecénas...

Sátira 1.ª del libro II, *A Trebacio*:

Acre de mais na satyra hums me julgao,

E exceder seus preceitos julgao outros...

Sátira 7.ª, *Proscriti Rupili*:

Nao ha rameloso, presumo e bárbeiro

Que ignore a desforra, que for derradeiro

O Hibrida Persio firon dos convicios

De Rupilio Rei proscrito por vicios...

Estos pareados de arte mayor hallanse por primera vez, que yo sepa, en la sátira de Torres Naharro contra Roma. En portugués los usó Gregorio de Maffor, é imitáronle el P. Macedo y algun otro. Tienen vivacidad y movimientos, pero cansan muy pronto.

Sátira 8.ª, *Olim truncus erat*:

Eu era ha pouco um tronco de figueira

Madero inutil, quando hum carpinteiro...

Sátira 1.ª, *Qui fit Mecenas*:

Como he, Mecenas, que ninguem có a sorte

Que lhe deo a eleição ou trouxe o acaso...

D. Francisco Alejandro Lobó, obispo de Viseo, tradujo las odas 7.ª del libro I y 14.ª del II. Hallanse en el tomo I de sus *Obras*, pág. 410 y siguientes.

Un anónimo, con las iniciales J. A. C. de M. y S., estampó en *O Beija-flor*, semanario ilustrado, que se publicaba en 1838 y 39, traducciones de las odas *Mecenas atavis*:

Mecénas, oriundo de avós regios

E refugio meu, e doce gloria...

y *Angustam, amici, pauperiem*:

Nas arduas lides marciaes apronda

O robusto mancebo...

Leéanse en las páginas 96 y 111 del tomo I de esa revista. La segunda es *omnibus numeris absoluta*, y la transcribiría, si no me retrajese el temor de extender demasiado estos apuntes. Quédese para mi



*Biblioteca de traductores* con otras versiones no ménos olvidadas y dignas de conservarse.

A pesar de tantos ensayos y tentativas parciales, aún carecía Portugal de una traducción completa y estimable, cuando Antonio Luis de Seabra intentó remediar este vacío por lo que toca á las *Sátiras* y epístolas. Apareció de molde su libro en 1846 con el título de *Satyras e Epistolas de Quinto Horacio Flacco, traduzidas e annotadas... Porto. Em casa de Cruz Coutinho*, dos tomos en 4.º, el primero de XVI+321 páginas con una más de índice y erratas, y el segundo de 320 (1). En la advertencia indica Seabra que comenzó la traducción en 1823 y la revisó en Bélgica en 1829. De traducciones portuguesas anteriores, cita sólo el *Entendimento literal*, la manuscrita de Cândido Lusitano y las parciales de Antonio Diniz y Tomás de Aquino. Propúsose el moderno intérprete reproducir el pensamiento de Horacio sin añadir ni quitar cosa alguna, excepto en los pasajes oscuros, y templando un poco las frases en los obscenos.

La traducción es en verso suelto, siendo de notar que Seabra (y lo mismo hacen casi todos sus paisanos) es descuidadísimo en evitar los asonantes y hasta los consonantes en medio y al fin de los versos. El tomo primero contiene las *Sátiras* que fueron revisadas por el cardenal Fr. Francisco de San Luis. El texto va seguido de largas, eruditas y excelentes notas é ilustrado con una lámina que representa el triclinio de Nasidieno.

Las Epístolas (inclusa el *Arte poética*) llenan las primeras 128 páginas del segundo volumen, viniendo en pos un suplemento con traducciones de Cândido Lusitano, Antonio Diniz, Filinto, etc., que llega hasta la 154. Cierran la colección buen número de notas, en las cuales, así como en las de las *Sátiras*, se hace mérito de los pasajes de Horacio imitados ó traducidos por vates portugueses. Una de estas notas, la más extensa, es una reseña crítica de las anteriores versiones de la *Poética*.

Como estudio filológico, el *Horacio* de Seabra honra á Portugal y pone en muy alto punto el nombre de su autor. Quizá los inteligentes desearían más brío en la dicción, más robustez en los versos, y mayor variedad en los cortes rítmicos. En punto á fidelidad y exactitud, Seabra es infachable.

Poco conocidas, aunque impresas no há muchos años, son las *Odes de Q. Horacio Flacco traduzidas em verso na lingua portugueza, por José Augusto Cabral de Mello, Caballeiro Profesor na Orden de Christo, Advogado público, Secretario da Camara Municipal d'Angra do Heroismo, Ilha Ter-*

*ceira, onde nasceu*, dadas á luz en 1853. Raras circunstancias tipográficas concurren en esta obra. Cuatro años duró la tirada, estampándose las 234 páginas primeras en Angra, capital de la Isla Terceira, y lo restante del volumen, hasta el folio 403, ó sea el *Canto secular* y las *Notas* en Lisboa. Sólo se imprimieron 622 ejemplares.

Por preliminares lleva esta edición un *prefacio*, una *vida de Horacio*, y el *juicio* de algunos autores clásicos sobre su mérito. Cabral de Mello tenía traducidas las odas desde 1828. Califica la traducción de Ribeiro dos Sanctos de *excesivamente literal*, y la del P. Macedo de *demasiado libre*. Él piensa haber evitado ambos inconvenientes, á pesar de lo cual sus *Odas* han obtenido reputación escasa. Quizá sea esta la última de las desgracias que, según Inocencio da Silva, afligieron siempre á este laborioso literato de las Azores. Y en verdad que no las mereció en modo alguno, porque sabía latin y hacía lindos versos, aunque un tanto incoloros. Júzguese por el *Quis multa gracilis*:

Que delicado moço, ó Pyrrha, de óleo  
Oloroso bauleado, entre mil rosas,  
Em seus braços te aperta  
Na delectável gruta?  
Quem te move a prender com simple graça  
Os dourados cabelos? Quantas vêzes  
A fe por tí quebrada,  
E os inconstantes deoses,  
Afflicto chorará, nao costumado  
A vêr o mar turvarem negros ventos,  
Esse que meus encantos  
Disfruta glorioso,  
E crédulo imagina que has de sempre  
De outro nao ser, e espera sempre acuável  
Ver-te nescio de quanto  
Sao instaveis os ventos.

Años ántes de hacer la edición completa de las *Odas*, había publicado como muestra Cabral de Mello la *Ode 3.ª do livro III... Angra do Heroismo*, 1841, en un raro folleto de 8 páginas.

No han faltado en el Brasil traductores de Horacio. Manuel Ignacio Loores Lisboa publicó una versión de las *Sátiras* en Rio-Janeiro, 1834, (typ. Imperial y Const. de Seignot Plancher y comp.) No he llegado á verla.

El Dr. Luis Vicente de Simoni, médico italiano establecido en el Brasil, tenía mss. traducciones de algunas odas, al tiempo de la publicación del *Diccionario Bibliográfico* de Inocencio da Silva. Ignoro si llegó á publicarlas.

En resumen, la literatura portuguesa posee una excelente traducción de las *Sátiras* y *Epístolas*, pero aún espera un traductor digno de las *Odas*.

(1) Lleva al frente una estampa con el busto de Horacio. El tomo I está dedicado á A. Cardoso de Faria; el II al Vizconde de la Graciosa.



De todas suertes, es rica en esta parte del suelo español la cosecha horaciana.

DE OTRAS LENGUAS Y DIALECTOS PENINSULARES.

No tengo noticia de que Horacio haya sido trasladado nunca al *bable* ó dialecto asturiano, ni al vascuence, ni al caló ó jerga de los gitanos, ni á ninguna de las lenguas habladas en las colonias castellanas ó portuguesas de América y Oceanía.

De todas suertes, bien se ha cumplido el vaticinio del poeta:

Me peritus

Discet Iber...

M. MENENDEZ PELAYO.

TEORÍA DE LA VISION.

La hipótesis de la estatua de Condillac es ingeniosa y útil para el estudio de las funciones de los sentidos; puede hacer un verdadero servicio á la psicología, con tal que no olvidemos que desde el momento en que la estatua siente, vive ya, y que al estudiar los resultados de las acciones ejercidas desde el exterior sobre sus órganos, es preciso no dejar á un lado las condiciones previas de la vida y de la sensacion.

La hipótesis cede su puesto á la observacion y á la experiencia, en el caso en que un sentido cerrado ó sin haber ejercido hasta entónces sus funciones, puede abrirse en un adulto ó en un niño capaz de dar ya cuenta de sus impresiones. Este caso, si no estoy equivocado, no se ha presentado más que para los ciegos. Yo no sé que seres humanos privados, *a natiuitate*, del oído, del gusto, del olfato ó del tacto, hayan adquirido el uso del sentido que les faltaba. Respecto á la vista, la cuestion ya es distinta: ciegos de nacimiento pueden ser curados y lo han sido algunas veces. No son muchos los casos de esta naturaleza; y bajo este aspecto, los progresos del arte médico y las exigencias de la filantropía perjudican á la observacion científica. En los pueblos que participan de la civilizacion, un niño ciego de nacimiento, en condiciones que permiten volverle la vista, es operado casi siempre en su primera edad, en una época en que no puede dar la más leve indicacion de las impresiones que experimenta. Los cirujanos que habitan en regiones en que sólo principia á penetrar la civilizacion europea, se hallan en circunstancias que les permitirían dedicarse, más frecuentemente que sus colegas los médicos de los países en que la ciencia y la filantro-

pía han adquirido un gran desarrollo, á estudios de esta naturaleza (1).

Las observaciones sobre las curas de los ciegos de nacimiento son escasas; y se presentan con circunstancias que siempre atenúan algo su valor bajo el punto de vista psicológico. En efecto, la ceguera sólo es curable cuando ha quedado intacta la retina y en relacion normal con el encéfalo por el nervio óptico. En otros términos: no puede sanar un ciego sino cuando la causa de la ceguera es una pantalla que puede hacerse desaparecer. Ahora bien: la pantalla nunca es completamente opaca. Casi todos los ciegos curables tienen sensaciones visuales, incompletas y débiles, pero reales: no perciben ninguna imagen, pero distinguen la oscuridad de la luz cuando ésta tiene cierto grado de intensidad. Se hallan en la misma situacion que cuando cierra los párpados uno que ve. El Dr. Dufour, en una nota manuscrita que ha tenido la amabilidad de comunicarme, dice: «Un ciego de nacimiento, totalmente privado de la sensacion de la luz, al ménos que yo tenga noticia, no ha sido jamás operado con buen éxito y no ha podido ser objeto de experiencia al-

- (1) Hé aquí una nota que debemos á la benevolencia del Dr. Dufour, los casos de curas de ciegos de nacimiento que se han publicado con detalles suficientes para poder servir de base á un estudio científico. Indico sucesivamente la fecha de la operacion, el nombre del operador, el enfermo, la enfermedad y la fuente en que éstos datos se adquirieron:
1728. Cheselden. Niño de trece años.—Catarata congénita.—*Philosophical Transactions*, año 1728, pág. 447.
1806. Home. Niño de doce años.—Catarata congénita.—*Philosophical Transactions*, año 1807, pág. 83.
- Id. Id. Niño de once años.—Id., Id.
1826. Wardrop. Mujer de cuarenta y seis años.—Adherencias iríticas que obstruían la pupila.—*Philosophical transactions*, año 1826, pág. 529.
1840. Franz. Joven de diez y siete años.—Catarata congénita.—*Philosophical transactions*, año 1841, pág. 59.
- Trinchineth. Niño de diez años.—Catarata congénita.—*Archives des sciences physiques et naturelles* de la Biblioteca Universal, año 1847, pág. 336.
- Id. Niño de once años.—Id., id.
1852. Recordon. Joven de diez y ocho años.—Catarata congénita.—*Bulletin de la Société Médicale de la Suisse romande*, año 1876.
1874. Hirschberg. Niño de siete años.—Catarata congénita.—*Archives de Græfe*, XXI, 1.
- Id. Hippel. Niño de cuatro años.—Id., id., XXI, 2.
1875. Dufour. Joven de veinte años.—Catarata congénita.—*Bulletin de la Société Médicale de la Suisse romande*, año 1876.
1876. Hirschberg. Niño de cuatro años.—Oclusion pupilar.—*Archives de Græfe*, XXII, 4.
- En 1801, Ware operó la catarata de un niño de siete años (*Philosophical Transactions*, 1801, pág. 382); pero esta catarata probablemente fué adquirida.



guna. Ninguna curacion de un ciego de nacimiento presenta el carácter de haber permitido el paso al goce de la vista desde un estado de completa supresion de aquellas funciones. Para que así sucediera, hubiera sido preciso que fuera curable una enfermedad de la retina ó del nervio óptico, capaz de producir la ceguera absoluta, caso que aún no se ha presentado.»

Cuanto menos frecuentes son las curas de los ciegos de nacimiento, más interes tiene la ciencia en registrarlas y estudiarlas con cuidado. Una operacion de esta naturaleza hecha por un práctico hábil, que al propio tiempo es un observador inteligente, instruido y atento, es una casualidad muy feliz para la ciencia, casualidad que se ha repetido dos veces en el trascurso de algunos años en el hospital oftálmico de Lausanne, como se indica en la nota anterior. El Dr. Recordon curó un ciego de nacimiento en 1852, y su colega el Dr. Dufour otro veintitres años más tarde. Este segundo caso formará la base principal de mi estudio (1).

Un jóven saboyano, *Noé M.*, nació ciego en la aldea de Contaminos, en el camino de *Col du Bonhomme* (Alta Saboya). Creció en aquella apartada region de los Alpes, en el seno de una poblacion que probablemente ni aún sospechaba fuera posible su curacion. Un dia le encontró el Dr. Martin (de Saint-Gervais-les-Bains), reconoció la posibilidad de la cura de su enfermedad y le envió á Lausanne: tenía veinte años. La enfermedad de *Noé M.* era una catarata congénita de ambos ojos; además tenía opacidad córnea, especialmente en el ojo izquierdo, y un movimiento pronunciado de nystagma, ó sea guiño espasmódico de los ojos. Le operaron el ojo derecho el 14 de Junio de 1875. La operacion no presentó ningun incidente notable y tuvo buen éxito; la cura fué normal. Tan luego como le fué posible, *M. Dufour* verificó una serie de observaciones y experiencias, usando cristales convexos á propósito para obtener en la retina imágenes tan claras como fuera posible. Para apreciar los resultados de aquellas observaciones y experiencias, bajo el punto de vista psicológico, que es el objeto de mi trabajo, es necesario entrar en algunas consideraciones acerca del estado general de la cuestion.

Observaciones numerosas y experiencias fáciles establecen que el objeto de la percepcion directa de la vista es y permanece siempre una superficie simple en que se determinan las formas por la diversidad de los grados de la luz y por los matices

(1) Véase el *Bulletin de la Société Médicale de la Suisse romande*, 1876.—El artículo se ha impreso aparte y forma un folleto de 26 páginas en 8.º, *Curacion de un ciego de nacimiento*, por *M. Dufour*.—Lausanne, imprenta Corbaz, 1876.

de los colores. La vista no percibe directamente el relieve de los cuerpos ni sus dimensiones más que en una superficie; el relieve solo se percibe de un modo secundario y adquirido cuando el sér que ve ha comprendido la significacion de las sombras de la luz; es un juicio por costumbre que resulta de la experiencia. Este juicio, por lo mismo que no resulta de la accion inmediata y directa del sentido de la vista, puede engañarnos; es la causa esencial de las ilusiones ordinarias de la vista, ilusiones tan frecuentes y que, propiamente hablando, no son errores de la percepcion visual, sino errores de los juicios formados con motivo de esta percepcion. Son numerosos los hechos que apoyan esta tésis. Es difícil y á veces imposible distinguir en el techo de una habitacion elevadas molduras verdaderamente de relieve de las que se hallan figuradas en una superficie plana por un artista hábil. Es muy difícil, aún á un ojo experto, reconocer en una buena decoracion de teatro dónde terminan los bastidores y dónde principia el telon de fondo: es preciso para esto costumbre y un juicio práctico. Recuerdo haber visto en una sala de pinturas las obras de un pintor hábil que se había propuesto la especialidad de engañar al ojo con sus pinturas de relieve: la ilusion era tan perfecta que para desengañarse era preciso acercarse mucho á la pintura, y al retirarse dos pasos se reproducía nuevamente la ilusion en toda su viveza. Siñ embargo, el ojo llega á percibir, y sin error en la mayor parte de los casos, el relieve de los cuerpos, y en cierta medida, su distancia relativa en una direccion perpendicular á la superficie que es objeto de la percepcion directa: es el resultado de la educacion de un sentido por medio de otro. El relieve de los cuerpos que están al alcance de la mano se reconoce primero por el tacto; su distancia, cuando se trata de objetos conocidos, se calcula por el grado de su iluminacion y especialmente por sus dimensiones aparentes; por último, interviene la inteligencia, armada con los procedimientos de la ciencia, primero para extender los usos de la vista, y despues para rectificar sus ilusiones persistentes. La Fontaine ha escrito:

*Si l'eau courbe un bâton, ma raison le redresse.*

(Si el agua dobla un palo, mi razon le endereza.)

En el caso supuesto por el célebre fabulista, no es necesaria la intervencion de la razon, porque el sentido del tacto puede rectificar el falso juicio formado por causa de las percepciones visuales; pero sólo á la ciencia pertenece el establecer las verdaderas dimensiones de los cuerpos que están fuera de nuestro alcance; el darnos idea de la magnitud del Sol; el alejar á distancias enormes, y, aún á veces, relegar á distancias inconmensurables á



algunos astros que, por la percepción directa de la vista, aparecen siempre como puntos luminosos fijados en la superficie uniforme del cielo.

Las experiencias hechas en los ciegos de nacimiento confirman los resultados de la observación de los hechos comunes, bajo el punto de vista de la necesidad de la educación de la vista por el tacto. Cheselden ha operado varios ciegos de nacimiento; ha publicado de entre sus observaciones la que consideró como más importante: es el caso de un niño de trece años, á quien operó en 1728. Cuando aquel niño recobró la vista, todos los objetos se le presentaban en una superficie plana que, á su juicio, tocaba á su ojo. El ciego operado por M. Recordon en el otoño de 1852, creía que estaban á igual distancia dos casas muy separadas una de otra. Resulta muy evidentemente de las observaciones de M. Dufour, que *Noé M.* no pudo formar juicio en un principio y en grado alguno, por las impresiones de la vista, del relieve de los cuerpos. Veía, sin reconocerlos, los objetos que le eran más familiares; pero los distinguía tan pronto como podía tocarlos, y no queda duda alguna de que sólo después de una serie de experiencias aprendió á traducir sus impresiones visuales en percepciones del relieve. Tocaba todo, como hacen los niños pequeños cuando se les deja seguir los instintos de su naturaleza. Su vigilante notó que cuando creía que no le observaban, cogía en sus manos todos los objetos que le rodeaban, los miraba por todos lados, al mismo tiempo que palpaba toda su área. La educación de la vista por el tacto no es menos notable en los demás casos observados. El niño operado por Cheselden no podía distinguir en un principio cuál era el perro y cuál el gato de la casa. Un día le vieron coger el gato, al que conoció por el tacto, y después de haberle mirado con mucha atención mientras le palpaba, le soltó diciendo: «Vete, mino, en adelante ya te conoceré.» La mujer operada por Wardrop, antes de haber adquirido la experiencia necesaria, alargaba el brazo para coger un objeto situado muy cerca de su ojo, ó, por el contrario, buscaba muy cerca de su cara objetos que estaban muy distantes. *Noé M.* fué presentado á la Sociedad Valdense de Medicina en su sesión de 5 de Agosto de 1875, es decir, próximamente dos meses después de la operación. En aquella sazón, apenas cometía error alguno acerca del relieve de los objetos que conocía, ni acerca de la apreciación de su distancia. Conocía, pues, la significación de la disminución resultante en la magnitud de una imagen por la distancia del objeto; pero si se trataba de distancias considerables y de objetos que no conocía, sus nociones eran aún excesivamente confusas, y la vista de un paisaje, al parecer, confundía todas sus ideas.

Fundándose ya en observaciones y en experiencias fáciles de hacer en todo tiempo, ya en las observaciones de los ciegos de nacimiento que han podido adquirir la vista, puede afirmarse que el objeto de la percepción directa de la vista es sólo una superficie coloreada. Teniendo como cierto este hecho, y resuelta negativamente la cuestión de saber si la vista percibe directamente el relieve y la distancia, se presenta una segunda cuestión. ¿Percibe la vista directamente las formas planas? El problema fué planteado por Molineux, sabio irlandés de fines del siglo XVII, dedicado especialmente al estudio de las matemáticas y de la óptica. La esposa de Molineux quedó ciega poco tiempo después de su matrimonio. Esta circunstancia, unida á la naturaleza de los estudios de M. Molineux, contribuyó probablemente á dirigir la atención de éste sobre las cuestiones relativas á la ceguera. Después de reflexionar sobre este punto, propuso á Locke, amigo suyo, la cuestión siguiente: «Supongamos un ciego de nacimiento que ya ha llegado á la edad viril, y á quien se ha enseñado á distinguir por el tacto un cubo y un globo, casi del mismo grueso, de modo que cuando toca uno y otro puede decir cuál es el cubo y cuál es el globo. Supongamos que este ciego adquiere la vista, y se pregunta: ¿Puestos el cubo y el globo sobre una mesa, al verlos, sin tocarlos, podrá discernir y decir cuál es uno y cuál es otro?»

Esta cuestión figura en los anales de la ciencia bajo el título de *Problema de Molineux*. El mismo sabio responde en estos términos: «No, porque aun cuando este ciego haya aprendido por experiencia de qué modo afectan á su tacto el globo y el cubo, aún no sabe, por consiguiente, que lo que afecta á su tacto de tal y tal manera debe impresionar sus ojos de tal ó de tal modo.» Locke aceptó la solución del problema tal como la daba su amigo. Esta cuestión, así planteada, fué objeto de las experiencias de Cheselden. El informe de este cirujano, á mi juicio, no determina experimentalmente y de un modo cierto que su operado no distinguiera las formas planas, al paso que comprobó de la manera más explícita y positiva que no tenía ninguna percepción primitiva del relieve, y que, por consiguiente, no conocía los objetos sino después de haberlos tocado. Condillac aceptó y vulgarizó la teoría de Locke y de Molineux. Afirmó que la vista sólo nos suministra directamente puras sensaciones, que no envuelven ninguna percepción objetiva ni de las formas ni del relieve (1). Bajo la influencia combinada de la opinión de Locke y de Condillac, dominó en el siglo XVIII la de que todo conocimiento de las

(1) *Traité des sensations*, parte I, capítulo XI; y parte III, capítulo III y siguientes.



formas en la percepcion visual se funda en la experiencia y en la comparacion con la impresion tactil. Esta teoría fué enérgicamente impugnada por Juan Müller, no en lo relativo al relieve (bajo este aspecto no há lugar á discusion), sino respecto á las formas planas. Müller está tan firme en su opinion, que no contento con decidirse por la percepcion directa de las formas planas, manifiesta que no comprende cómo han podido Molineux y Locke adoptar la negativa (1). En este estado de la controversia científica, las observaciones hechas en Noé M. tienen un vivo interes. Dejando á un lado el exámen de la interpretacion de los hechos, de que me ocuparé más adelante, debo de hacer constar que las observaciones hechas por M. Dufour no son favorables á la tésis de Müller y parece que confirman la de Molineux.

Efectivamente, realizada con éxito la operacion, Noé M. continuó moviéndose como ciego, en términos que el Dr. Dufour creyó por un momento que no se habia obtenido la curacion. El segundo dia de las experiencias, despues de haberse cerciorado con el oftalmoscopio de la integridad del fondo del ojo, hizo el doctor sentar á su paciente y le presentó su reloj por la cara del cuadrante, á la distancia de un paso. Noé dijo sin vacilar: «*Veo una cosa blanca.*» La sensacion visual estaba establecida; ¿sucedia empero lo mismo con la percepcion? A la pregunta: «*Esto es redondo ó cuadrado?*» Noé no respondió. Se le preguntó: «*Sabe usted qué es un cuadrado?*» Demostró con una disposicion conveniente de sus manos que entendía muy bien lo que le preguntaban. De un modo análogo, formando un anillo con una de sus manos, respondió á la pregunta de si sabía qué es un redondo. Tenía, pues, una idea precisa del cuadro y del redondo cuando se trataba de la forma tangible; pero la vista no le permitía reconocer si los objetos que le presentaban tenían una ú otra de estas formas. Sin embargo, su mirada estaba fija en el reloj. Al dia siguiente, es decir, el tercero contando desde el de la operacion, repetida la misma experiencia, tuvo el mismo resultado; pero esta vez, lo que el dia ántes no se verificó, se le hizo tocar el reloj. Tan luego como Noé M. lo tomó en sus manos, dijo: «*Esto es redondo; es un reloj.*» Fué necesario para reconocer la forma del reloj, con solo el uso de la vista, que interpretase una sensacion visual con el auxilio del tacto.

Esta afirmacion fué perfectamente confirmada por la experiencia siguiente de que da cuenta el doctor Dufour en estos términos: «Le puse de manifiesto dos trozos de papel blanco del grueso de una car-

»tulina. Estos pedazos formaban dos rectángulos, uno de unos diez centímetros y el otro de unos veinte, y de igual ancho.—«¿Qué ve usted?—*Dos objetos blancos.*—«¿Son iguales?» Respondió con vacilacion:—«*No.*—«¿Hay uno más largo que otro?» Silencio.—«¿Cuál es el más largo?» No contestó: estrechado por mí, declaró que no podía decirlo. Los tocó, y, haciendo correr su mano de uno á otro extremo de los rectángulos, señaló el que tenía mayor dimension y en seguida miró atentamente uno y otro. Se le presentaron dos pedazos del mismo papel blanco, uno cuadrado y otro redondo: el redondo cortado á mano, es decir, algo oval.—«¿Nota usted diferencia entre estos papeles?—*Sí.*—«¿Cuál?» No contestó.—«Pues bien, uno de estos papeles es cuadrado y el otro redondo. ¿Cuál es el cuadrado?» Noé M. tardó algún tiempo en responder, y al fin dijo que no podía designarle. Le dije que los tocase: dirigióse primero al cuadrado, y al sentir uno de sus ángulos en la mano, dijo con una viveza que no le era habitual al contarnos:—«Este es el cuadrado.» Tocó en seguida el pedazo redondo, los examinó despues uno y otro, y desde entónces siempre ha podido distinguir los objetos redondos, solo por la sensacion visual. Efectivamente, no se habrá olvidado que en una experiencia precedente, al examinar el cuadrante de un reloj, nuestro operado habia visto ya un redondo y habia comprobado aquella sensacion por medio del tacto. Pero sea que no se hubiese grabado la forma en su memoria, sea que la experiencia hubiese sido demasiado corta y que no habiendo oposicion de otra forma distinta del redondo, en el momento en que tocaba el reloj, la diferencia de los contornos le llamó ménos la atencion, aquella primera experiencia no bastó para fijar en la mente de Noé M. la sensacion visual especial que nos afecta cuando miramos un objeto redondo. La experiencia de los dos papeles, por el contrario, bastó para darle el completo conocimiento de aquellas formas simples. El papel redondo tendria próximamente unos diez centímetros de diámetro.»

La desigual longitud de dos papeles, la diversidad de las aristas de un cuadrado y de una circunferencia, se traducen, independientemente de todo relieve, por formas planas. Noé M. no distinguía las formas planas, por solo la vision, ántes de una experiencia en que intervino el tacto.

Hé aquí la tercera cuestion: ¿Percibe el ojo el movimiento sobre una superficie, primitivamente y ántes de toda experiencia? A esta cuestion, Condillac habia dado teóricamente una respuesta enteramente negativa: habia afirmado con insistencia que el conocimiento del movimiento no pertenece naturalmente á la vista y exige el ejercicio del tacto.

(1) *Manuel de physiologie*, libro V. seccion I, capítulo III, letra G.



to (1). La comprobación experimental de esta hipótesis ha llamado muy poco la atención de los observadores, y esto es lo que da una importancia especial á las experiencias de M. Dufour. La cuestión es saber si la variación de sitio de las impresiones visuales en la retina despierta inmediatamente la idea del cambio de lugar de los objetos. En el caso de Noé M., la respuesta es negativa. Una de las experiencias intentadas el primer día fué esta: El doctor hizo sentar al paciente de espaldas á la luz; poniéndose él á una distancia de dos pasos, le hizo mirar y dió á su mano, que estaba bien alumbrada, un movimiento oscilatorio de unos cincuenta centímetros de carrera sobre un fondo negro. A la pregunta:—«¿Ve usted alguna cosa?» Noé contestó:—«Veo una cosa clara.» Recuérdese que cuando ciego distinguía una luz viva de la oscuridad; tenía, pues, la noción de la claridad y también alguna noción de los colores, como veremos luego. A la pregunta:—«¿No ve usted moverse algo?» no pudo responder, aun cuando el movimiento se suspendió y volvió á efectuarse diferentes veces. Estrechado por repetidas preguntas dió por toda respuesta:—«Es una cosa clara.»

El tercer día, el doctor hizo oscilar ante sus ojos una cadena de reloj, y en seguida dijo:—«Eso es amarillo; eso se mueve.» Ya había visto el movimiento. ¿Qué había ocurrido entre aquellas dos experiencias? M. Dufour reconoce que no tiene dato preciso respecto á este particular; que no ha podido sorprender el momento preciso en que Noé M. aprendió á distinguir el movimiento del reposo, y, por consiguiente, no puede determinar las condiciones de este progreso. En vista de esto, presenta, con la prudencia de un talento científico, las conclusiones siguientes: «El examen de Noé M. no tiene el carácter de una experiencia definitiva... Conservo de él la impresión de que la distinción entre el reposo y el movimiento, por medio de la visión, es cosa que debe aprenderse. Evidentemente la imagen del cuerpo que se mueve cambia de lugar en la retina del observador; pero este cambio de lugar, ó la irritación sucesiva de los diferentes elementos de la retina, no da repentinamente la noción del movimiento. Si el enfermo mirase fijamente para seguir á un cuerpo móvil, tendría que mover forzosamente sus ojos, y entonces la conciencia que tuviese de sus movimientos oculares le daría probablemente la noción de la movilidad del cuerpo observado. Salvo este medio, no alcanzo otro que pueda inculcar este conocimiento, á no ser la coordinación con el tacto, ó bien un ruido conocido con la intervención de otros conoci-

mientos adquiridos previamente por la experiencia. No me fué posible saber cómo había adquirido Noé M. la noción del movimiento.»

En resumen, la observación del Dr. Dufour confirma las hechas anteriormente en casos análogos, las completa y las extiende. Establece que, al menos en muchos casos, cuando un ciego de nacimiento adquiere el uso de la vista, adquiere la sensación de los colores; pero que el empleo de sola la vista no le suministra inmediatamente ningún elemento de localización, es decir, de distancias, de formas y de movimientos. Estos son los hechos. Pasemos ahora á su interpretación.

ERNEST NAVILLE

(Concluirá.)

## EL DARWINISMO.

LO QUE HAY DE VERDADERO Y DE FALSO  
EN ESTA TEORÍA.



Las teorías comprendidas bajo el nombre general de darwinismo han hecho en el mundo mucho ruido; y pocos sistemas hay que en tan poco tiempo hayan llegado á preocupar tanto los ánimos.

Hay para ello muchas razones en las que los estrechos límites de este resumen no nos permiten entrar, porque se refieren á cuestiones filosóficas. Pero aun así, nada puede haber, si no más interesante, al menos de mayor utilidad, que resolver el problema planteado por M. de Hartmann, ó, lo que es lo mismo, determinar lo que hay de verdadero y de falso en tan importante sistema.

M. de Hartmann es un filósofo eminente, y, como tal, emprende su obra por varios lados á la vez. Nosotros no expondremos más que la parte puramente científica de su crítica; pero recordemos antes el sistema de Darwin y sus tres bases fundamentales, que son: la *descendencia*, el *transformismo* y la *selección natural*.

Todo el mundo sabe de qué procedimientos se valen los criadores para obtener ciertas variedades de animales domésticos. Supongamos, por ejemplo, que se tratase de obtener una variedad sin cuernos de la especie bovina; el criador elegiría el toro y la vaca que tuviesen menos desarrollado el sistema córneo, y los haría reproducirse; su descendencia, exagerando las cualidades ó los defectos de sus autores, resultará aun menos provista, y después de dos ó tres generaciones, se obtendrá el resultado apetecido.

(1) *Traité des sensations*, parte primera, cap. XI, párrafo 10; parte segunda, cap. III, párrafos 4 y 18.

\* Un vol., por E. de Hartmann.—Paris, Germer-Bailly.



Esta operacion, que es la *seleccion artificial*, supone:

1.º Que la especie puede variar en determinada medida;

2.º Que por medio de la herencia, las propiedades adquiridas por los individuos tienden á transmitirse á sus descendientes y á perpetuarse en ellos; y

3.º Que la voluntad, la inteligencia del criador dirige los cruzamientos de modo que se obtenga siempre una accion en el mismo sentido.

Darwin, partiendo de la experiencia incontestable é indiscutible de la seleccion artificial, admite para las especies una variabilidad indefinida é ilimitada, y hasta la trasmision hereditaria de las propiedades individualmente adquiridas. ¿Pero y la voluntad, la inteligencia del criador?

Hé aquí de qué manera tan sencilla, tan ingeniosa y tan nueva vence Darwin la dificultad:

«Todos los seres, dice, se hallan en constante lucha por adquirir la subsistencia que les es necesaria. Hay concurrencia, se combate por la vida (*struggle for life*), y los más fuertes, los mejores ejércitos alcanzan necesariamente la victoria sobre los más débiles, que deben fatalmente sucumbir. De aquí se deduce que, si, en una especie cualquiera, un individuo, ó un grupo de individuos, se encuentra casualmente en posesion de una mejora, ya resulte de una conformacion más regular, ya de un órgano nuevo, ó ya de facultades superiores, el individuo ó el grupo resistirá victoriosamente á las dificultades ante las cuales deben los otros sucumbir. La reproduccion no se operará fructuosamente sino entre los individuos del grupo que sobreviva; la mejora en cuestion se generalizará, se fijará por la herencia en las generaciones posteriores, y se habrá creado así una variedad, una especie nueva, por la marcha regular de las leyes de la *seleccion natural*.»

Ampliando estas conclusiones, Darwin y su escuela admiten que todas las especies, desde el infusorio hasta el hombre, han podido nacer así, por una serie de trasformaciones y transiciones insensibles. En cuanto á los claros ó vacíos que ofrece la escala de seres vivientes que conocemos, «son páginas arrancadas del libro;» además de que la paleontología nos permite hallar un buen número de esos intermediarios desaparecidos.

En resumen, segun Darwin y su escuela, en la trasformacion, el *transformismo* gradual de las especies, que hacen salir á unas de otras por medio de la descendencia genealógica, bajo la impulsión, la presion de la concurrencia vital, es donde únicamente hay que buscar la explicacion del origen de las diferentes especies vegetales y animales. Prescindimos por ahora de otros principios invocados

por Darwin, como auxiliares, y de los cuales tendremos ocasion de ocuparnos más adelante.

Lo que la ciencia debe explicar es la analogía de las diferentes formas animales ó vegetales que han poblado sucesivamente el globo. Es cierto é incontestable que todos los tipos del reino animal y del reino vegetal ofrecen entre sí cierta semejanza que nos sugiere la idea de una especie de parentesco.

Fundándose en esa semejanza, se ha podido establecer entre todos los seres clasificaciones sistemáticas.

Hay indudablemente, por lo ménos á primera vista, una considerable diferencia entre el mamífero y el molusco. Y examinándolos de cerca, se encuentra, sin embargo, en los dos, órganos, funciones idénticas; los dos nacen, mueren, respiran, comen, etc. por procedimientos casi iguales. Esta analogía toma un carácter más sorprendente, recorriendo todos los grados que forman la transicion lógica entre esas dos extremidades de la escala. Sobre los moluscos vienen los articulados; despues los vertebrados. Se comprende, se concibe el insecto, el pez, el cetáceo, el mamífero terrestre, como los términos sucesivos de una misma serie.

Mas no es esto todo: ese orden de sucesion, sistemático en cierto modo, que establecemos entre los animales y los vegetales, no es una simple apreciacion; no obedece á preocupaciones puramente lógicas el clasificar los seres como se clasificarían los minerales ó los libros de una biblioteca. La paleontología nos demuestra que ese es al mismo tiempo el orden *cronológico* con que las formas vivientes se han sucedido en la tierra. El molusco ha precedido al articulado; los peces han aparecido ántes que los mamíferos; en cada uno de estos grupos hay tambien un orden de sucesion, á la vez lógico y cronológico; una especie de ascension continua, una constante progresion, de forma más ó ménos perfecta. En una palabra, hay en ellos *evolucion*; la vida se desarrolla en la tierra como de un árbol brotan las ramas, las flores y el fruto. Entre los diversos representantes de la vida en todos los grados, hay un parentesco, una filiacion ideal. Por otra parte, la experiencia de todos los dias nos muestra semejanzas del mismo género entre los seres ligados entre sí geneológicamente. Luego nada más natural que, procediendo por analogía, se deduzca la semejanza de las especies de su parentesco real, y se establezca el principio de la descendencia.

Esta deducción adquiere mayor fuerza todavía por las siguientes consideraciones:

Todo sér procede de un huevo, *omne vivum ex ovo*; pero todo huevo procede de un ovario, *omne ovum ex ovario*; todo sér que sale de un huevo tie-



ne necesidad de cuidados, de una iniciación, de una enseñanza especial. No podemos concebir una especie creada en el estado adulto, sabiendo, sin haberlo aprendido nunca, como no fuese por trasmisión hereditaria, servirse de sus órganos (1).

Sólo le sería permitido á la ciencia apelar á la hipótesis de la creación de especies adultas, cuando victoriosa y perentoriamente hubiese refutado la posibilidad de la descendencia. ¿Se ha hecho esto? ¿Se ha opuesto á la teoría de la descendencia alguna de esas objeciones á las que nada resiste, y que son el golpe de muerte de un sistema? ¿La fijeza, la invariabilidad de las especies? Ciertamente es que desde la aparición del hombre no ha habido ejemplo alguno, comprobado, de que una especie se haya convertido en otra. Pero lo mismo sucede respecto á los hechos sobre que descansan las principales leyes y las principales hipótesis de la astronomía.

Según la hipótesis cósmica generalmente admitida hoy, los cuerpos celestes pasan del estado ígneo, líquido, al estado sólido. Nosotros no hemos asistido nunca, sin embargo, á una transformación de este género; solamente vemos en el cielo las muestras, los indicios de esos diversos estados, y, por consideraciones muy atendibles, hemos llegado á admitir que tal planeta opaco ha sido un sol incandescente, que tal nebulosa gasiforme se convertirá en sol, luego en planeta, etc.

Y lo mismo sucede exactamente en cuanto á las especies.

Las especies vivientes en la actualidad no tienen representantes en las faunas y las floras anteriores; pero los géneros, las familias, los órdenes sí los tienen. Y, aun considerando las clases más diferentes del reino animal, los peces y los mamíferos anfibios, por ejemplo, si se retrocede en la escala de los tiempos, se llega á épocas en que esa diferencia tan manifiesta se debilita cada vez más.

Luego la teoría de la descendencia, de la filiación genealógica de las especies, tiene por sí sola toda la fuerza que ofrecen las más legítimas inducciones.

No avanzaremos, sin embargo, hasta decir ó suponer, con Darwin y sus discípulos, que la teoría de la descendencia es la única explicación posible y necesaria de todas las semejanzas, comprobadas

(1) Hace cuarenta años se encontró encerrado en una habitación, donde probablemente había vivido desde que nació, á un pobre muchacho llamado Gaspar Hanser, que había crecido sin más compañía que la del personaje misterioso que le daba de comer é iba á verle de vez en cuando. A los quince ó diez y ocho años, aquel infeliz no sabía hablar ni andar; y fué preciso bastante tiempo para enseñarle las cosas más usuales. Cuando llegó á saber lo bastante para poder reunir sus recuerdos y contar su historia, murió asesinado.

entre los objetos animados ó inanimados. Y no llegaremos hasta ese punto, por una razón muy sencilla; porque no nos es dado comprobar esas semejanzas tan marcadas cuanto es posible entre objetos que no tienen ningun vínculo genealógico. Todas las sales minerales que se cristalizan en cubos se parecen más, entre sí, que el hombre al mono. No se le ocurrirá á nadie deducir que haya entre ellos el menor lazo de parentesco real.

La teoría de la descendencia no tiene, pues, el carácter de universalidad, de necesidad, que á todo trance se le quiere atribuir. Será tal vez un procedimiento *general*, pero no es el *único* procedimiento de la naturaleza.

Ahora bien: la teoría de la descendencia implica necesariamente, como pretende el darwinismo, la transformación lenta, gradual, insensible de las especies, ó, como se suele decir, el *transformismo*?

Los fisiólogos alemanes Baumgartner y Kolliker no lo creen así, y han supuesto lo que ellos llaman la *generación heterogénea*. Admiten que la transformación de una especie en otra se verifica de una manera brusca en el germen. En otros términos, bajo la influencia de circunstancias determinadas, uno ó varios huevos de la especie madre pueden sufrir bruscamente una modificación íntima, en virtud de la cual se formaría el embrión de la nueva especie. Este punto de vista, original como es, y que repugna á los conceptos mecánicos, hoy en boga, es mucho más defendible de lo que al pronto parece.

Es imposible, por ejemplo, explicarse de otro modo que por una brusca transformación, el cambio comprobado en las relaciones numéricas de los elementos del esqueleto. Se han visto nacer personas con seis dedos en cada mano, de padres que tenían el número normal; nadie ha tenido un número de dedos intermedio entre cinco y seis.

Llegamos, por fin, al principio de la selección natural, que es el punto en que los darwinianos se creen más fuertes, y del que deducen las más graves consecuencias.

Por esto, sin duda, Mr. de Hartmann ha reservado para él las objeciones más rigurosas y más tópicas.

La selección natural, tal como la hemos definido más arriba, descansa en los tres principios siguientes:

- 1.º La concurrencia vital.
- 2.º La variabilidad de las especies.
- Y 3.º La trasmisión hereditaria de las particularidades adquiridas individualmente.

No nos detendremos, como lo ha hecho Mr. de Hartman, á demostrar que el primero de estos tres principios, la concurrencia vital, es el único que tiene el carácter material, mecánico, automático, tan decantado como uno de los principales méritos



de la nueva escuela. Nos limitamos á afrontar aquí el lado puramente científico de los argumentos del filósofo alemán. En cuanto á la concurrencia vital, supone que cierta particularidad asegura la victoria en la lucha á los que de ella se hallan fortuitamente provistos. De lo cual se deduce que todas las particularidades de menor importancia, por ejemplo, las de puro recreo ó simple adorno, quedan sin influencia para el resultado de la seleccion.

No se puede comprender cómo la propiedad que tiene el pavo real de extender en forma de abanico su magnífica cola, haya podido asegurarle ninguna superioridad en la lucha para la vida, sobre el gallo ó el faisán, sus más próximos aliados. Tampoco es posible explicarse cómo, por el solo hecho de su conformacion, tiene el insecto una superioridad decisiva sobre el molusco, y el cetáceo sobre el pez. En una palabra, todas las diferencias de pura forma, las diferencias puramente *morfológicas*, esas, precisamente, sobre que descansa nuestra clasificacion en especies, géneros, variedades, parecen escapar por completo á la accion utilitaria de la concurrencia vital. Pero hay más. Bajo el punto de vista puramente *utilitario*, el paso de una forma á otra más perfecta, suele ser una causa de inferioridad. Un reloj de pesas, un *cucú*, se descompone mucho ménos que un reloj astronómico que marque los minutos, los segundos, los días y los meses, las fases de la luna, etc. Una organizacion más rica; más perfecta, más complicada, es por esta misma razon más delicada, y ofrece más campo á las causas de destruccion. Bastó un grano de arena para hacer morir á Cromwell; un guijarro, diez veces más grueso, no hubiera producido desorden apreciable en la concha de una ostra. Lejos de facilitar la explicacion de la evolucion ascendente del organismo, la seleccion natural lleva á la lucha para la vida una nueva dificultad, que es el esfuerzo necesario para conservar intactos los juegos más delicados, más frágiles, más numerosos.

No es esto todo. Sucede con frecuencia que en el desarrollo gradual de un órgano destinado á dar algún día la superioridad á la especie que de él está dotado, hay un período en el que las dimensiones insuficientes aún de ese órgano determinan una causa de inferioridad. Supongamos una de esas plantas cuya fecundacion no puede operarse sino por medio de un insecto dado, por ejemplo el *trifolium incarnatum*, que necesita el concurso de la abeja. Por consecuencia de una causa cualquiera, el *trifolium incarnatum* ve hacerse más profundo su cáliz; tiende á convertirse en el *trifolium pratense*. El primer resultado de esta trasformacion es oponer un obstáculo á la fecundacion por la abeja, cuya trompa, bastante larga para el cáliz primitivo, es demasiado corta para el nuevo. Pero la misma abeja, dirán los

darwinianos, esforzándose en ese caso por llegar hasta el fondo, verá alargarse su trompa, y se transformará en abejarrón ó abejorro, el secundador natural del *trifolium pratense*.

Concretándose á la accion estrictamente mecánica de la seleccion natural, es difícil admitir que las dos trasformaciones correlativas del *trifolium* y de la abeja sigan rigurosamente la misma marcha. De suerte que el estado que constituye la transicion de una especie á otra más perfecta, es, en cuanto á la lucha para la vida, un estado inferior tanto al inicial como al final.

Sabido es que los crustáceos tienen un esqueleto exterior que no crece á la par que ellos, y que se ven obligados á abandonar. Hasta que puedan reemplazarlo por otro más grande, más duro, es evidente que esa trasformacion que los desnuda y los desarma es una causa muy real de inferioridad para ellos. Podríamos multiplicar hasta el infinito los ejemplos.

Para no extendernos demasiado, sólo añadiremos á lo que precede una observacion que nos parece también de bastante fuerza. Se refiere á uno de los factores principales de la seleccion natural, á la trasmision hereditaria de las particularidades favorables adquiridas por los individuos, y ha sido sinceramente aceptada por Darwin.

Hé aquí cuál es:

Segun la hipótesis darwiniana, en los caracteres *más útiles* debería ser más cierta la trasmision hereditaria; los caracteres *indiferentes, inútiles* en la lucha, deberían ser *los más variables*. Pues precisamente sucede lo contrario. La posteridad se parece invariablemente á sus autores en ciertos rasgos típicos, específicos, que definen la especie; ésta difiere de ellos, y con frecuencia alcanza un grado más elevado, por los caracteres fisiológicos de adaptacion. Los que deseen profundizar esta cuestion pueden acudir á la obra de M. Hartmann; pero tal vez basta con lo que precede, para demostrar que el principio de la seleccion natural por vía de lucha para la vida, es científicamente ineficaz para llenar la mision que se le atribuye. La seleccion natural desempeña un papel, pero un papel relativamente secundario; es en cierto modo el moderador de la viveza de la evolucion, la correa de trasmision que regula la accion de las ruedas asociándolas. Cuando los individuos se adelantan ó se retrasan en la evolucion normal, la seleccion natural los suprime, y así contribuye á la armonía, á la concordancia de las diferentes partes del *processus cósmico*.

Es, pues, el *regulador*, no el motor del gran mecanismo; y por haberlo hallado, Darwin tiene su puesto reservado en la historia de los grandes pensadores y de los grandes naturalistas.

A las anteriores observaciones no dejan de repli-



car los darwinianos, que su sistema no descansa en un sólo principio; que admite otros auxiliares, como la influencia directa de las circunstancias exteriores sobre el organismo, la acción del uso ó el desuso sobre los órganos, la selección sexual, y sobre todo, la ley de correlación de desarrollo.

No obstante nuestro deseo de abreviar, no podemos menos de detenernos un instante sobre este último principio. En el reconocimiento de la ley de correlación, ve Hartmann la confirmación de sus propias ideas, la negación del carácter mecánico y material, atribuido por los darwinianos á la evolución cósmica. «De ahí resulta, dice, que todos los caracteres que constituyen el tipo de una especie se hallan en una dependencia mutua y regular. Si una especie debe transformarse en otra, hay en ella todo un conjunto, todo un sistema que también debe modificarse, según una ley. La modificación aislada de un sólo carácter no puede presentarse como comprendida en la fisiología anormal; es una monstruosidad que cae bajo el dominio patológico. Se deduce que aceptando la ley de correlación, el darwinismo echa por tierra sus principios mecánicos de explicación que tienden todos á hacer concebir el tipo como una especie de mosaico formado por la eventualidad de los sucesos exteriores, como una masa casual de caracteres producidos aisladamente, ó uno después de otro, por la selección ó la costumbre.»

M. de Hartmann infiere de todo esto que existe una ley de evolución orgánica interna que se realiza según un plan regular y en direcciones teleológicamente determinadas. Tal deducción nos lleva al terreno de la filosofía y de la metafísica.

Esto no quiere decir en manera alguna, para nosotros, que sea falsa; pero sí quiere decir que es definitivamente necesario que nos detengamos aquí.

GEORGES GUEROULT.

## UN TIRO.

Estamos en un pueblecito. Conocida es la vida de un oficial de línea: por la mañana ejercicio y revista; come casa del jefe del regimiento ó en una posada judía, y por la noche el bol de ponche y las cartas. En el pueblecito no había ninguna casa que recibiera ni que pensara en ello. Nos reuníamos en casa de un compañero y allí sólo veíamos uniformes.

En nuestra sociedad sólo había un paisano. Este era un hombre de treinta y cinco años, poco más ó menos, y por esta razón le considerábamos como un veterano. Su experiencia le daba cierta autori-

dad entre nosotros. Su habitual tristeza, su áspero carácter y su sarcástica lengua tenían grande influencia en nuestros inexpertos ánimos, y su existencia estaba rodeada de cierto misterio; aunque parecía ruso, llevaba un nombre extranjero.

En otro tiempo había servido en húsares y con mucha fortuna. Todo el mundo ignoraba por qué había abandonado el servicio y se había instalado en un miserable pueblecillo en donde la vida era triste y costosa. Siempre salía á pié, aunque el tiempo fuera malo, y siempre vestía un gaban negro. Su mesa estaba á disposición de todos los oficiales de su regimiento, y su comida sólo consistía en dos ó tres platos condimentados por algunos soldados viejos retirados del servicio; pero en cambio no se agotaba el champaña.

Nadie conocía sus recursos, pero tampoco se atrevía ninguno á preguntarle sobre este asunto. Su biblioteca estaba formada en gran parte de libros militares y novelas, que prestaba con gusto, sin que nunca las reclamara cuando olvidaban devolvérselos. Pero debemos decir que, por su parte, no devolvía jamás los libros que le prestaban. Su principal ocupación era tirar la pistola; las paredes de su cuarto, acribilladas á balazos, estaban llenas de agujeros, como una colmena. Su único lujo era una rica colección de pistolas; tal era la perfección con que manejaba esta arma, que si hubiese propuesto á un oficial de nuestro regimiento derribar de un balazo una manzana puesta sobre su cabeza, no hubiera vacilado en aceptar.

En nuestras conversaciones, frecuentemente hablábamos de duelos; Sylvio, —este nombre le dábamos, —nunca tomaba parte en estas conversaciones. Si por casualidad le preguntaban: —¿Os habeis batido alguna vez? —respondía con un sí áspero y seco, pero no daba detalles de sus duelos, y se conocía que tales preguntas le eran sumamente desagradables.

Todos estábamos persuadidos de que su conciencia le acusaba de alguna víctima de aquel arte fatal, en que pudiera haber sido maestro. Por lo demás, nunca se nos había ocurrido sospechar que fuese cobarde. Es verdad que hay muchos hombres cuyo aspecto aleja toda sospecha sobre este punto. Pero sobrevino una aventura que nos asombró á todos.

Un día comíamos casa de Sylvio diez compañeros y bebíamos como de costumbre, es decir, enormemente. Después de comer, suplicamos á nuestro anfitrión tallara una banca. Este rehusó, porque rara vez jugaba. Sin embargo, estrechado por nuestras instancias, hizo traer una baraja, y después de echar sobre la mesa cincuenta ducados, comenzó á tallar. Todos nos agrupamos en derredor de la mesa, y comenzó el juego. Como de costumbre, guardaba



profundo silencio, no disputaba y nunca había que dar explicaciones. Si el que apuntaba padecía un error, él pagaba lo que faltaba; si el error era en su provecho, lo escribía.

Desde mucho tiempo sabíamos esto y le dejábamos obrar á su gusto; pero aquel día estaba con nosotros un oficial recién llegado al regimiento; jugando con distracción dobló una apuesta; Sylvio tomó un lápiz y según su sistema, la apuntó. Creyendo el oficial que se había equivocado, quiso una explicación; pero Sylvio, sin hacerse cargo de ello, continuó tallando. Perdiendo la paciencia entonces el oficial, cogió el lápiz y borró lo que creía estar de más. Sylvio cogió á su vez el lápiz y volvió á escribir la cantidad. Excitado el oficial por el vino, el juego y las risas de sus compañeros, se creyó gravemente ofendido, y en un movimiento de cólera cogió un candelabro y se lo arrojó á Sylvio á la cabeza; éste, por fortuna, esquivó el golpe.

Sylvio se levantó pálido de cólera y arrojando llamas por los ojos:

—Salid, caballero,—le dijo,—y agradeced á Dios que haya sucedido esto en mi casa.

No podíamos engañarnos sobre el resultado de aquella agresión, y mirábamos ya á nuestro compañero como muerto. El oficial salió diciendo que, habiendo insultado á Sylvio, estaba dispuesto á darle la satisfacción que quisiese.

Continuamos jugando algunos minutos aún, pero viendo que el dueño de la casa ya no pensaba en el juego, volvimos á nuestros alojamientos hablando de la próxima vacante que no podía menos de haber en el regimiento.

Al día siguiente, al vernos en la revista todos nos preguntábamos si vivían aún el pobre teniente. En aquel momento entró:

Todos nos dirigimos á él, y nos dijo que hasta aquel momento no había oído hablar de Sylvio.

Entonces fuimos casa de éste y le encontramos en el patio; pistola en manó y clavando bala sobre bala en un as pegado á la puerta cochera.

Recibiónos con su expresion habitual, y no habló palabra sobre el lance de la vispera.

Pasaron tres días y el teniente continuaba viviendo. Todos nos preguntábamos si no se batiría Sylvio: Sylvio no se batió. Contentóse con una ligera explicación é hizo la paz.

Esto le perjudicó mucho en el aprecio de los jóvenes. La falta de valor es lo que se perdona más difícilmente en la primera edad de la vida, que ve en la bravura el *non plus ultra* de las virtudes humanas y la excusa de todos los vicios.

Sin embargo, todo se olvidó poco á poco y Sylvio recobró su ascendiente sobre nosotros.

Unicamente yo no podía acercarme á él: dotado de imaginación novelesca, era el más adepto á aquel

hombre, cuya vida era una enigma y que se me aparecía como héroe de una novela misteriosa. El me apreciaba, y si no me apreciaba, solamente conmigo prescindía de sus habituales sarcasmos y hablaba de todo con franqueza, sencillez y agrado. Pero despues de aquel desgraciado lance, la idea de la mancha que había recibido su honor, mancha que no había querido lavar, no me abandonaba y me impedía ser para él el mismo que ántes: imposible me era mirarle á la cara.

Sylvio era demasiado perspicaz y demasiado experimentado para no conocer mi frialdad y adivinar la causa; parecióme que lo sentía; al ménos observé que dos ó tres veces había deseado explicarse conmigo; pero yo rehusé, y Sylvio renunció á la explicación.

Desde entonces sólo le ví en compañía de mis camaradas y cesaron nuestras conversaciones íntimas.

Los habitantes de las ciudades no conocen esas sensaciones tan conocidas de los que habitan las aldeas, como por ejemplo, la llegada del correo: los martes y viernes se llenaba de oficiales el cuartel de nuestro regimiento: uno esperaba dinero, otro periódicos, aquel cartas; las cartas se abrían habitualmente en el acto, circulaban las noticias y el cuartel ofrecía un cuadro sumamente animado.

Sylvio recibía sus cartas por la vía militar y se presentaba en el cuartel los días de correo. Una vez le presentaron una, cuyo sobre rompió con viva impaciencia. Al leerla lanzaron relámpagos su ojos; pero como cada cual se ocupaba de sus asuntos, ninguno se fijó en ello.

—Señores,—dijo Sylvio,—el estado de mis asuntos exige que parta inmediatamente. Parto, por consiguiente, esta noche, y espero que no rehusareis comer conmigo por última vez. Os espero á vos también, y os espero absolutamente,—añadió dirigiéndose á mí.

Dicho esto, salió precipitadamente, y nosotros también, prometiéndonos acudir á su invitación.

Llegué casa de Sylvio á la hora indicada, y allí encontré á casi todos los oficiales del regimiento: los muebles y efectos estaban ya embalados, no quedando más que las paredes acribilladas de balazos.

Sentámonos á la mesa; el dueño de la casa estaba de buen humor, y pronto se nos comunicó á todos: saltaron los tapones, llenáronse los vasos y deseamos de todo corazón feliz viaje al que partía.

Era tarde ya cuando nos levantamos de la mesa; todos empezaron á despedirse, y cuando iba yo á hacer lo mismo, me cogió Sylvio la mano, diciéndome en voz baja:

—Necesito hablaros.

Quedéme, pues. Cuando se retiraron todos, quedamos uno en frente de otro, y en medio del más



profundo silencio, comenzamos á fumar nuestras pipas.

Sylvio estaba preocupado; no le quedaba rastro alguno de su nerviosa alegría. Su lívida palidez, sus brillantes ojos y las nubes de humo que le rodeaban le hacían parecer un demonio.

Pasaron algunos minutos y Sylvio rompió al fin el silencio.

—Tal vez no nos volvamos á ver más,—me dijo.

—Antes de partir quisiera tener una explicacion con vos. Quizás habreis observado que me ocupo poco de la opinion que puedan formar de mí; pero como os aprecio, sentiria dejaros conservándome en mal concepto.

Detúvose para llenar otra vez la pipa, y yo callé permaneciendo con los ojos bajos.

—Verdad que os ha parecido extraño que no pidiese reparacion á ese borracho estúpido que me arrojó el candelabro á la cabeza? Comprendereis que teniendo la eleccion de armas y el derecho de tirar primero, su vida estaba en mis manos, mientras que la mia ningun peligro corría. Podía atribuir mi accion á grandeza de alma; pero no quiero mentir; si hubiese podido castigarle sin arriesgar mi vida, no le hubiera perdonado.

Al oír esto, miré estupefacto á Sylvio: tal confesion me repugnaba.

Sylvio continuó:

—Sí, es cierto, no tengo derecho á arriesgar mi vida. Hace seis años que recibí un bofetón, y el que me lo dió vive aún.

Mi curiosidad estaba sumamente excitada.

—¿No os batisteis?—le pregunté.—¿Vuestros negocios sin duda os habrán alejado al uno del otro?

—Me batí,—dijo Sylvio,—y ved la prueba de nuestro duelo.

Levantóse y tomó de una caja una gorra de uniforme, que se colocó en la cabeza; tenía un agujero de bala á una pulgada de la frente.

—Ya sabeis,—dijo Sylvio,—que he servido en el regimiento de húsares de\*\*\*. Conoceis mi carácter y habreis podido comprender que estoy acostumbrado á ser el primero en todo. En mi juventud esto fué una necesidad irresistible: en mi tiempo estaba en moda ser alborotador, y yo era el primer alborotador de todo el ejército. Aplaudíamos á los bebedores intrépidos, y yo he bebido más que el célebre D... que fué cantado por D. D. En nuestro regimiento eran más que diarios los duelos, y en todos era testigo ó actor. Mis compañeros me adoraban, y los comandantes, que á cada momento eran cambiados, me consideraban como un mal incurable que afligía al regimiento.

Descansaba yo sobre mis laureles, cuando un joven, rico y de ilustre familia—permitid que calle su nombre—ingresó en el regimiento.

Nunca había visto hombre más feliz: bien figuraos la juventud, el talento, la belleza, la loca alegría, el valor sin límites, un bolsillo inagotable, todo esto reunía además de su gran nombre. Ya comprendereis qué puesto había de ocupar entre nosotros.

—Mi imperio vacilaba: Oyendo hablar mucho de mí, empezó por desear mi amistad; pero le recibí con frialdad, y él se alejó con indiferencia.

Cobréle rencor, y su éxito en el regimiento y con las mujeres me llenó de desesperacion.

Empecé á buscarle quimera, pero respondía á mis epigramas con epigramas más agudos y picantes que los míos. Mi rabia aumentaba porque conocía su superioridad.

—En fin, en un baile, casa de un señor polaco, viéndole objeto de atenciones por parte de todas las mujeres, y especialmente de la dueña de la casa, que estaba en relaciones conmigo; me acerqué á él y le dije al oído una injuria grosera.

Al oírlo, perdió la cabeza y me dió un bofetón.

Echamos mano á los sables, desmayáronse las señoras; nos separaron, y aquella misma noche arreglamos el duelo.

Cuando amaneció, estaba yo en el sitio designado con mis testigos, esperando con ansiedad la llegada de mi adversario. El sol de primavera había salido ya y derramaba su calor. A los pocos momentos le ví á lo lejos; traía la pelliza colgada en el sable, y venía á pié y acompañado de un solo testigo.

Salimos á su encuentro, y se acercó á nosotros, llevando en la mano su gorra llena de cerezas.

Yo tenía derecho á disparar primero; pero era tal la agitacion de mi pulso, que no estaba seguro de mi bala; é insistí para que tirase primero él; pero rehusó.

—Entonces decidimos someternos á la suerte.

La suerte fué para aquel favorito de la fortuna.

Apuntó y me atravesó la gorra.

Había llegado mi vez. Al fin tenía su vida entre mis manos.

Miréle con avidez, tratando de descubrir en él la menor sombra de estremecimiento; pero esperaba mi bala comiendo cerezas; cuyos huesos arrojaba á mis piés.

Su sangre fria me exasperó.

—¿Qué necesidad hay,—me dije,—de arrebatarme la vida á un hombre á quien le parece tan indiferente?

Una idea diabólica atravesó mi mente; bajé la pistola y dije:

—Creo que no esteis preparado á morir, puesto que almorzais con tanta tranquilidad. Permitid que os deje terminar el desayuno.

—No me incomodais, caballero; pero obrad como gustéis. Teneis un tiro que disparar contra mí; bien



ahora ó bien más tarde, siempre estaré á vuestra disposición.

Entonces me volví hácia mis testigos, y les dije:

—No dispararé hoy.

Estaba terminado el duelo.

Pedí la licencia y me retiré á este pueblecito, en donde no ha pasado un día sin pensar en la venganza.

Pero ha llegado la hora.

Sylvio sacó del bolsillo la carta que había recibido aquella mañana, y me la dió para que la leyera.

Uno, creo que su agente de negocios, le escribía que el individuo en cuestion se disponía á casarse con una jóven encantadora.

—Desde luego comprendereis,— continuó Sylvio,—quién es el individuo en cuestion. Pues bien, parto para Moscou, y ahora veré si mañana ó pasado mañana le será tan indiferente la muerte como el día en que comía cerezas.

Diciendo esto, se levantó Sylvio, arrojó la gorra al suelo y empezó á pasearse en el cuarto como un tigre en la jaula.

Mirábase sin pestañear, y observaba que chocaban en su mente opuestas y extrañas ideas.

El criado entró diciendo que estaban preparados los caballos. Sylvio me estrechó la mano; nos abrazamos; montó en un carruaje en que sólo llevaba un saco de viaje y una caja de pistolas, y partió al galope.

Muchos años pasaron despues; mis negocios me obligaban á habitar en una aldea en el distrito de N... Aunque me ocupaba de los asuntos de mi casa, no por eso dejaba de echar de ménos mi vida de otro tiempo; tan alegre y descuidada. Lo único á que no podía acostumbrarme era á pasar las largas veladas de primavera ó invierno en completa soledad. Hasta la hora de comer encontraba el medio de matar el tiempo, bien hablando con mi *starosta* (1), bien visitando mis campos, ó bien las construcciones que hacía ejecutar; pero en cuanto descendía el sol al horizonte, no sabía ya qué hacerme.

Los pocos libros que había podido encontrar, los sabía ya de memoria; las historias y cuentos que podía referirme mi ama de llaves, Kirolowna, los había escuchado muchas veces, y las canciones de los aldeanos habían concluido por inspirarme melancolía. Hubo una ocasión en que recurrí al licor de cerezas; pero este licor me abrasaba, y temía llegar á convertirme en borracho por tristeza, la peor especie que conozco y que abundaba en aquel distrito.

No tenía más vecinos que dos ó tres borrachos

amargos, cuya conversacion consistía frecuentemente en bostezos y suspiros: en vista de todo esto, comprendí que lo mejor que podía hacer era acostarme temprano, comiendo lo más tarde posible. De este modo prolongaba los días y acortaba las noches.

A cuatro kilómetros de mi casa había una rica propiedad de la condesa B..., pero en ella no vivía nadie más que el intendente. La condesa estuvo en ella un mes durante el primer año de su matrimonio, y en la segunda primavera de mi soledad corrió el rumor de que la condesa vendría con su esposo á pasar el estío en el campo, y, en efecto, llegaron á primeros de Junio.

La llegada de un rico vecino es un acontecimiento para los que viven fastidiados en el campo. Los propietarios y sus criados hablan de ellos dos meses ántes de que lleguen y tres despues de que partan. Por lo que á mí hace, os confesaré francamente que la llegada de mi jóven y rica vecina había ocasionado gran trastorno en mi existencia, y que me devoraba la impaciencia de verla. Por esta razon, el primer domingo, despues de su llegada, fui á su propiedad para ofrecerme á Su Excelencia como el vecino más próximo y el servidor más respetuoso.

El lacayo me llevó al gabinete del conde y me dejó en él para ir á anunciarme.

Aquel inmenso gabinete estaba adornado con el mayor lujo. Las paredes estaban cubiertas por los armarios de libros, y sobre cada uno de estos había un busto de bronce; sobre la chimenea de mármol brillaba un gran espejo. Sobre el piso había un paño verde, y sobre el paño tapices. Como en mi retiro había perdido la costumbre del lujo y hacía mucho tiempo que no veía riquezas, sentí una emocion parecida al temor, y esperé al conde con la extraña sensacion del pretendiente de provincia que espera la salida del ministro.

Abrióse la puerta, y un hombre de noble rostro y treinta y dos ó treinta tres años de edad entró en el gabinete.

—El conde, porque era él, se acercó á mí con aire franco y amistoso. Empezaba á tranquilizarme y trataba de dominarme por completo, cuando me interrumpió el conde.

Nos sentamos, y su alegre conversacion acabó de disipar mi salvaje timidez.

Empezaba ya á entrar en posesion de mí mismo, cuando ví entrar á la condesa, y quedé más turbado que anteriormente.

Era hermosísima en verdad.

El conde me presentó á su esposa y yo traté de mostrarme amable; pero cuanto más lo procuraba, más turbado me veía.

Para darme tiempo á dominar mi emocion, el conde y la condesa empezaron á hablar entre ellos,

(1) Alcalde de aldea que frecuentemente es esclavo, á pesar de su elevado cargo.



concluyendo por tratarme como si fuese antiguo conocido, es decir, sin ceremonia: mientras hablaban, examiné los libros que había sobre las mesas y los cuadros colgados en las paredes. No soy entendido en pintura, pero uno de aquellos cuadros me llamó la atención.

—Era un paisaje de Suiza; pero no era el paisaje ni la ejecución lo que yo miraba, sino un doble balazo que había atravesado el cuadro.

—¡Diablo! hé ahí un buen pistoletazo,—dije al conde.

—Sí,—respondió,—es un tiro notable, ¿verdad? Y vos,—me preguntó,—¿tirais bien?

—Medianamente,—le respondí;—á treinta pasos estoy casi seguro; con una pistola que conozca, de poner una bala en una carta de baraja.

—¡Ah! ¿de veras?—dijo la condesa con suma curiosidad.—Y tú, amigo mio,—añadió volviéndose hácia su esposo,—¿harias otro tanto?

—Probaremos,—dijo el conde.—En otro tiempo era algo diestro en ese ejercicio; pero hace cuatro años que no he tocado una pistola.

—En ese caso,—repliqué,—apuesto á que no tocais una carta ni á veinte pasos de distancia. La pistola exige ejercicio diario; lo sé por experiencia: en el regimiento era uno de los mejores tiradores de pistola. Una vez ocurrió que, teniendo mis armas en reparación, estuve un mes sin tirar, y la primera vez que lo hice erré cuatro veces seguidas una botella á veinticinco pasos. Es preciso no abandonar este ejercicio, señor conde, de lo contrario se pierde en seguida la destreza. El mejor tirador que he conocido, acostumbraba á cortar todos los días, antes de comer, tres balas en un cuchillo. Esto era tan necesario para él como la copita de aguardiente antes de la sopa.

El conde y la condesa parecían muy satisfechos de verme lanzado á la conversacion.

—¿Y cómo tiraba?—me preguntó el conde.

—De un modo muy sencillo,—respondí;—si veía una mosca en la pared,—¿os reis, condesa?—os juro que os digo la verdad,—gritaba: «Cousma, una pistola.» El criado le traía una cargada; apenas tomaba tiempo para apuntar:—¡paf!—la mosca quedaba aplastada en la pared.

—Es maravilloso,—dijo el conde;—¿y cómo se llamaba?

—Sylvio.

—¿Habeis conocido á Sylvio?—exclamó el conde dando un salto.—¿Habeis conocido á Sylvio?

—No sólo conocido; éramos amigos. En el regimiento le considerábamos como compañero, y hace cinco años que no he oido hablar de él; pero á juzgar por vuestras palabras, vos le habeis conocido también, señor conde.

—Sí, le he conocido, y bien, os lo juro. Si érais

su amigo, como decís, os debió referir una historia bastante singular.

—¿La de un bofeton que recibió en un baile?—

—¡Sí!—y os dijo el nombre del que le dió el bofeton?

—No, señor conde.

En seguida, iluminado por una idea y mirando á la condesa:

—¿Fuisteis vos?—exclamé.

—Sí, yo,—exclamó el conde con viva agitación,—y ese cuadro agujereado es un recuerdo de nuestra última entrevista.

—¡Oh! querido amigo, no refieras eso á este caballero,—dijo la condesa,—sabés que me hace daño.

—No, este caballero sabe de qué modo insulté á su amigo: que sepa también cómo se vengó.

El conde acercó una butaca. Sentéme y escuché con vivo interés el siguiente relato.

«Hace cinco años que soy casado. El primer mes, *the honey moon*, la luna de miel, lo pasé en esta aldea. Esta casa guarda los recuerdos más dulces y los más tristes de mi vida.

Una tarde íbamos á caballo la condesa y yo, cuando el caballo de ésta se encabritó; tuyo miedo, saltó al suelo; me echó las bridas y se encañinó á pié hácia la casa.

Cuando llegué ví un carruaje de camino. Dijéronme que me esperaba en el gabinete una visita y que el que aguardaba no había querido decir su nombre; pero había dicho que le traía un asunto concerniente á mí solo. Entré en el gabinete y ví á un hombre con larga barba y cubierto de polvo. Estaba al lado de la chimenea.

Estuve examinándole un momento.

—¿No me conoces, conde?—me preguntó con voz sombría.

—¿Sylvio!—exclamé.

Y confieso que se me erizaron los cabellos.

—Me toca tirar,—dijo,—¿estás dispuesto?

Llevaba una pistola en la cintura.

Moví la cabeza significando que reconocía su derecho, y midiendo doce pasos, fui á colocarme en el ángulo de la habitación, suplicándole que tirara pronto, antes de que entrara mi esposa.

—No veo,—dijo,—haz que traigan luz.

Llamé á un criado y le mandé encender las bujías: en seguida cerré la puerta y fui á colocarme en el puesto, suplicándole otra vez que no me hiciese esperar.

Apuntó y conté los segundos; pensaba en ella.

Pasé un momento terrible.

Sylvio bajó la mano.

—Es una desgracia que la pistola esté cargada con una bala en vez de un hueso de cereza; pesa y me fatiga la mano.



Y despues de un momento que me pareció un siglo:

—En verdad,—dijo,—esto no sería un duelo, sino un asesinato. No tengo costumbre de tirar sobre un hombre desarmado. Volvamos á empezar y sórteemos quién haya de disparar primero.

Estaba aturdido, y creo que al pronto no consentí. Sin embargo, recuerdo que cargamos las pistolas, que escribimos nuestros nombres y pusimos los billetes en la gorra que yo había agujereado: la suerte me favoreció.

Por segunda vez tiré primero.

—Eres muy afortunado, conde,—me dijo con una sonrisa que no olvidaré jamás.

No sé cómo ocurrió, pero en vez de herir á mi adversario, clavé la bala en ese cuadro.

El conde señaló el cuadro con el dedo; su rostro estaba enrojecido; el de la condesa, por el contrario, estaba pálido hasta la lividez. Al verlos no pude contener una exclamación.

—Sylvio levantó de nuevo la pistola y apuntó.

La expresión de su rostro me decía bien claro ahora que no tenía que esperar gracia.

De pronto se abrió la puerta; entró María, y lanzando un grito de terror, se abrazó á mi cuello.

Su presencia me devolvió la serenidad.

Hice un esfuerzo y lancé una carcajada.

—¡Loca!—la dije,—¿no ves que es una broma? Es una apuesta. ¿Es posible que te asustes así? Vamos, vé á beber un vaso de agua, vuelve y te presentaré á un antiguo amigo.

Pero no quiso creer nada de lo que dije.

—Caballero, en nombre del cielo, ¿es verdad?—preguntó dirigiendo la palabra al sombrío Sylvio.—¿Es esto una broma? ¿es cierto que sólo se trata de una apuesta?

—Sí, sí,—contestó Sylvio,—era una broma, es costumbre del conde bromear. Bromeando me dió un día un bofetón; otro día, bromeando también, me agujereó con una bala esta gorra; en fin, bromeando aún acaba de errar el tiro por segunda vez. Ahora me toca á mí bromear.

Y pronunciando estas palabras levantó la pistola hácia mi pecho.

María lo comprendió todo y se arrojó á sus pies.

—¡Oh!—exclamé,—¿no te avergüenzas?

Y añadí furioso:

—¡Vamos, caballero! ¿concluiréis? ¿tiráis ó no?

—No,—respondió Sylvio.

—¿Cómo! ¿no?

—No, estoy satisfecho, he visto tus temores, tus angustias, tu terror. Dos veces te he hecho disparar sobre mí y dos veces has errado el tiro. Ya te acordarás; te dejo con tu conciencia.

Y se adelantó hácia la puerta para salir.

Ya en esta se detuvo, y volviéndose hácia el cua-

dro y sin casi apuntar, hizo fuego y salió. Para que no dudara de su destreza, había clavado su bala encima de la mía.

—Mi esposa se había desmayado.

Mis criados no se atrevieron á detenerle y le miraron pasar con miedo.

En la puerta de la casa llamó á su cochero y partió sin darme tiempo para reponerme.

El conde calló.

Acababa de oír el final de la novela en cuyo principio tanto interés había tomado.

Desde entonces no había vuelto á ver á Sylvio.

Despues se extendió el rumor de que cuando en 1820 dió la señal de la revolución de Grecia Alejandro Ipsilanti, Sylvio mandaba una compañía de griegos, y murió en la batalla de Dragachan.

A. POUCHKINE.

LA ENSEÑANZA

DE SORDO-MUDOS Y DE CIEGOS.

—En esta parte de la obra...

Por tercera vez en el espacio de dos años, que

justamente hoy cumplen, me cabe la honrosa sa-

tisfacción de levantar mi siempre humilde y des-

autorizada voz en este modesto recinto, y por ter-

cera vez me propongo hablar de los brillantes

triumfos que la caridad cristiana obtiene allí donde

despliega el celeste manto de su protección divina,

allí donde encuentra necesidades que socorrer,

desgracias que aliviar, consuelos que repartir y fa-

vores que dispensar. Y como las necesidades y las

desgracias afligen por doquier al hombre degra-

dado por la culpa de su primer progenitor, y como

esas desgracias y esas necesidades son tan múlti-

ples y de tan variada índole, como variadas y múlti-

ples son las facultades del alma humana, y como

complicados, múltiples y variados son los elemen-

tos del no ménos complicado organismo del cuerpo

del hombre, de aquí los múltiples, complicadísimos,

variados é ingeniosos matices que esmaltan el man-

to de la caridad; de aquí también las múltiples y

variadas manifestaciones de la primera, de la más

grande y de la más general,—modesta é ingeniosa

de todas las virtudes, de aquella virtud que ejerci-

da por el divino mártir del Gólgota, dió salud á los

enfermos, oído á los sordos, habla á los mudos, á

los ciegos vista y vida á los muertos, devolviendo el

padre al hijo, el hijo al padre, al hermano el her-

mano, y á la sociedad uno de sus individuos; pero

robustecido ya y libre de la desgracia que le hacía

Discurso leído en la solemne distribución de premios, en el Colegio Nacional de Sordo-mudos y ciegos, el 24 de Junio de 1877.



inútil y le impedía consagrar sus esfuerzos en beneficio de sus semejantes. Esa misma virtud, cuyos caracteres esenciales, como en años anteriores tuve ocasión de observar, son merecer aplausos y evitarlos, como que no espera premios en la tierra, sino atesorar méritos allí donde ni la intriga penetra ni la justicia falta, nos congrega hoy, como tantas otras veces, y nos congrega como siempre para celebrar una solemnidad modesta en sus apariencias; pero en realidad, grande, magnífica y brillante por el fin á que se dirige y por los resultados que se propone.

Dos clases de desgraciados van á recibir en ella el lauro que con su buena conducta, constante aplicación y aprovechamiento notable, han sabido conquistar en el curso que hoy termina.

Pertenece á la primera, infortunados seres á quienes la ignorancia de los tiempos, la ciencia y las antiguas y arraigadas erróneas tradiciones han negado por espacio de luengos siglos condiciones inherentes á la humana personalidad; seres á quienes el padre de la medicina consideró absolutamente incapacitados para el ejercicio del preciosísimo don que distingue inmediatamente al hombre del bruto, seres que en sentir del primero de los filósofos, apenas si podían proferir una especie de voz, pero nunca discurrir; los sordo-mudos, en fin, que sin facultad de hablar, sin facultad de pensar, sin facultad de querer y hasta sin facultad de sentir, pues todas esas facultades se les negaban, ni recibían educación, ni se creía que pudieran recibirla, ni podían tampoco ejercitar ninguna clase de derechos civiles ni políticos, ni aun aspirar á consideraciones á que como individuos de la especie humana, como miembros necesitados de una sociedad, tenían opción preferente.

Tan respetables y respetados fueron los nombres de Hipócrates y de Aristóteles, tanto valor se dió á sus afirmaciones, tanto eco produjeron y hasta tal punto se generalizaron, que no sólo algunos historiadores, sino el gran padre de la Iglesia San Agustín, interpretando, no en su espíritu, sino en su letra, un pasaje de la epístola de San Pablo á los Romanos, asienta como principio incontrovertible que la falta del oído desde el nacimiento, impide la entrada de la fe, deduciendo de aquí que los sordo-mudos, incapacitados para oír, carecen de la necesaria aptitud para comprender sus verdades.

Corrían los siglos, se trasformaban los pueblos, sucedíanse unas á otras con vertiginosa rapidez las generaciones, cambiaban las costumbres, adelantaba la civilización, ensanchaban su esfera de acción los humanos conocimientos, variaban las creencias de los hombres; la organización política, civil y administrativa de las nacionalidades también se trasformaba, y sin embargo de que varones tan in-

signes como el arzobispo Beverley, Rodolfo Agrícola y Cardano, insinuaron la posibilidad de que los sordo-mudos oyeran leyendo y de que hablaran escribiendo, las doctrinas del eminente filósofo que con su enseñanza preparó el engrandecimiento de la Grecia y puso á los piés del vencedor de Darío el cetro del Asia, ejercían tal predominio en el mundo de la ciencia, que su voz, semejante á una gota de agua dejada caer en proceloso mar, pasó desapercibida, y los infelices sordo-mudos hubieron de continuar sumidos por la más temible de las desgracias, en el más amargo de los aislamientos.

Pero el impulso se había dado, la semilla estaba arrojada. Faltaba únicamente un hábil cultivador que la hiciera germinar y nacer y desarrollarse y dar dulces y sazonados frutos, gloria reservada al más caritativo y humilde de los hijos de San Benito, al insigne y nunca bastantemente alabado Fr. Pedro Ponce de Leon, gloria de España, de la Orden cuyo hábito vestía y de la hidalga castellana tierra.

Posible es que al consagrar el beneditino de Oña sus vigilias y su ardiente, caritativo celo á la instrucción de sordo-mudos, en que tan copiosos y sazonados frutos llegó á obtener; posible es, repito, que habiéndoles enseñado á hablar, y á leer, y á escribir, y á contar, y á rezar, y ayudar á misa, y á confesarse por palabra, y latín, y griego, y á saber y entender la filosofía natural y la astrología, y á rezar las horas canónicas á los que de entre sus discípulos llegaron á ser ordenados y á tener oficio y beneficio por la Iglesia, utilizara no sólo los impulsos de la divina inspiración y los cuantiosos recursos de su peregrino ingenio y de su industria increíble, tan elogiados por Vallés, Morales, Castañiza y otros no menos esclarecidos varones de su tiempo; pero también es muy posible que, conociendo el abecedario manual aplicado por el franciscano español P. Yebra á la confesión de los moribundos cuando habían perdido el uso de la palabra, le ocurriese la idea de utilizar este medio, el primero y principal entre los de comunicación y de enseñanza, en la difícil y al parecer temeraria empresa de abrir la boca á los mudos. ¡Quién sabe! ¡Son tantos los grandes descubrimientos, debidos á una casualidad afortunada!

Cuestión es ésta que no pretendo debatir por el momento, ni tampoco me propongo reseñar las vicisitudes de una enseñanza en que nuestro venerable Ponce avanzó á pasos de gigante; basta á mi actual propósito consignar una vez más que el divino arte en cuya virtud hallaron voz las esfinges tanto tiempo mudas, gloria es y gloria inmarcesible que, como tantas otras, esmaltó las brillantes páginas de nuestra secular historia, y que de España se extendió á Europa, y de Europa á los más apartados confines del globo.



No ménos infortunados que los sordo-mudos, los ciegos, algunos de los cuales recibirán hoy el premio debido á sus constantes esfuerzos durante el curso, considerados como pesada carga en los tiempos en que se querían hombres vigorosos capaces de soportar las fatigas de la guerra en que principalmente se cifraban las glorias de la patria; creyéndose en otros que áun destinados al público entretenimiento en circos y plazas públicas, se le honraba suficientemente, y, por último, degradados, envilecidos, si por carecer únicamente de vista no se les negaba en absoluto capacidad de instruirse, al ménos en todo aquello que de viva voz puede ser enseñado y aprendido, ni alcanzaron mejor suerte que los sordo-mudos, ni dispusieron de otros medios para cultivar su inteligencia que los que individualmente y á costa de prolongadas vigilancias podían algunos proporcionarse, hasta que la caridad cristiana vino á sacarlos del aislamiento acudiendo á remediar su inmensa desgracia, como acude siempre al de toda clase de personas necesitadas del auxilio ajeno.

Que los ciegos reúnen y han reunido siempre capacidad para instruirse, dígalo la prolongada serie de los que, cuando aún carecían de escuelas apropiadas, lograron desde Dydino de Alejandría, maestro de San Jerónimo, hasta Weissembourg, no poca reputación en filosofía, en letras, en ciencias, en teología, en derecho, en medicina, en la mecánica, en la pintura, en la escultura, en la música, y finalmente en todas las ramas desprendidas del árbol del humano saber, asombrando al mundo unos desde el púlpito, otros con sus publicaciones, otros en las cátedras, otros con sus descubrimientos y otros con sus obras de arte.

Han sido los ciegos mismos, los inventores de la mayor parte de objetos y aparatos que en su especial enseñanza son de general y necesaria aplicación, y nada más natural en verdad, porque nadie mejor que ellos puede apreciar las dificultades que en ella hay que vencer, ni los obstáculos con que tiene que luchar.

Aprendió el Alejandrino á leer valiéndose de un abecedario de madera que representaba las letras en relieve y que él mismo había construido; Saunderson, matemático aventajado, construyó una caja no muy desemejante á la que hoy se emplea para la enseñanza de la aritmética; la cantante Paradis logró trasladar al papel por medio de trozos picados en cartas, los sonidos de las composiciones que hacía ó debía aprender; Carulhi esbribió las suyas por medio de clavillos, en cilindros de madera que tal vez no se diferencien de los empleados hoy en los organillos y cajas de música; á Weissembourg, que escribía y leía perfectamente en caracteres inventados por él mismo, se debe la idea de globos y

mapas especiales, así como otra caja aritmética parecida á la de Saunderson; Foucaul inventó la máquina de escritura usual tal como hoy la conocemos; Isern otra para escribir música, y finalmente, Abreu, actual profesor de solfeo, piano y órgano en este Colegio nacional, ampliando el sistema de escritura en puntos de relieve debido á Mr. Braille, ha sabido ordenar otro de notación musical, por cuyo medio aprenden los ciegos esa interesante parte de su instrucción tan regular, metódica, ordenada y permanente como los de sentidos expeditos que la estudian en el de notación común.

A la fundación de escuelas precedió la de algún establecimiento benéfico en cuyo recinto pudieron preservarse los infelices ciegos de la pobreza, de la miseria, del aislamiento y de la degradación en que vivían. A esta clase pertenecía el asilo de los *Quince-Vingts* creado por San Luis en la capital de Francia para los nobles que perdieran su vista en las abrasadoras arenas de la Palestina, y cuyos beneficios se hicieron extensivos más tarde á los demás ciegos, que á su desgracia unían la desgracia de la pobreza.

Aunque Jerónimo Cardano había aventurado la idea de la posibilidad de enseñarles á leer y á escribir por medio del tacto, sólo Francisco Lucas con sus reglas para la formación de las letras, con sus muestras abiertas en planchas de madera, con sus letras cortadas en relieve ó trazadas en surco sobre las tablas, y con sus pautas de filetes metálicos ó de cuerdas de guitarra pegadas á la tabla misma para señalar, también en relieve, la altura y anchura de los caracteres de la bastarda española, y poco después el P. Lana Terzi, indicando adecuados medios para realizar el pensamiento que aventuró Cardano, suministraron materiales preciosos cuya práctica aplicación á la enseñanza dependía solamente de la existencia de una persona inteligente, caritativa y suficientemente hábil que los reuniera y condensara en cuerpo de doctrina, y se encargara de patentizar al mundo que semejantes reglas y semejantes afirmaciones nada tenían de utópicas ni de irrealizables.

Cabe, pues, reivindicar para España y para el sevillano Francisco Lucas plácemes que la posteridad ha concedido á personalidades distintas. Cabe, pues, afirmar que si España no ha sido siempre la primera en aprovechar las inspiraciones de sus propios hijos, y que si la gloria de la fundación del primer establecimiento consagrado á la rehabilitación de los ciegos no puede en justicia negarse á Mr. Haüy, impulsado á tamaña empresa por el sentimiento de conmiseración que suscitó en su alma el grotesco espectáculo en que ocho ó diez de aquellos desgraciados desempeñaban un papel poco envidiable, tampoco hay razón para negar á España la que legítimamente le corresponde por ser espa-



ñol el autor de reglas tan aplicables como aplicadas á la especial enseñanza de que me vengo ocupando.

La creación de Haüy en 1784 tuvo muy pronto eco en Inglaterra, en Rusia, en Prusia, en Austria, en Bélgica, en Sajonia, en Suiza y en Dinamarca; ni tardó mucho en propagarse al resto de Europa, y en América, y en Asia; ni España podía quedar rezagada en el general movimiento, ni fuera del concierto de ésta como de otras partes de la humana civilización, y mucho ménos contando en su seno corporaciones de tan señalado patriotismo como la Sociedad Económica Matritense; hijos de tan caritativa abnegación y de tan constante iniciativa como el director que fué de esta Casa, mi respetable antecesor D. Juan Manuel Ballesteros, que á la enseñanza de cuantos por falta de alguno de los sentidos no podían recibir la ordinaria, consagró la mejor y mayor parte de su laboriosa vida; Gobiernos celosos, ilustrados y amantes de las glorias de la patria, y monarcas tan decididos á cobijar bajo los pliegues de su regio manto el desenvolvimiento de los intereses morales y materiales de la nación, como la segunda Isabel, en cuyo reinado tuvo lugar la creación, instalación y apertura de nuestra primera escuela de ciegos agregada al Colegio nacional de Sordo-mudos. ¡Gloria, pues, á la Económica Matritense, á Ballesteros, á la Reina y á los Gobiernos todos, á los unos por lo que hicieron y á los otros por la decidida, paternal y constante protección que han dispensado y dispensan á la enseñanza de los desgraciados ciegos, como á la de los ántes desheredados sordo-mudos!

Pero los trabajos de la Sociedad que fundaron Carlos III y Jovellanos, los deseos del Jefe supremo del Estado y las disposiciones del Gobierno, serían ineficaces si el personal encargado de su ejecución en el establecimiento á cuyo frente me hallo, no hiciera cuanto es posible para que los trabajos que fueron, y los deseos y disposiciones que son, produzcan sus naturales resultados. Resolver si ese personal ha respondido y responde á la confianza en él depositada, ni áun relativamente á los tiempos pasados me corresponde, porque nadie puede ser juez en su propia causa, y vuestra causa, dignísimos profesores, es hoy mi propia causa, como vuestra gloria es mi gloria, y vuestro oprobio sería también el obrobio de quien alcanza la inmerecida honra de dirigiros. Resuelta está sin embargo la cuestión, y resuelta afortunadamente y para gloria de España en sentido afirmativo, por el imparcial, severo é inapelable fallo de la pública opinión, de la opinión manifestada en el palenque abierto al genio en París como en Zaragoza, en Viena como en Madrid, y finalmente en las ántes incultas y fértiles llanuras de la virgen América. En esos palenques, en esas monstruosas exposiciones de los trabajos

de la ciencia y del arte, ha obtenido nuestro Colegio honrosísimas distinciones; en todas ha sido premiado, y en todas ha sido objeto de plácemes y de felicitaciones que deben servirnos de poderoso estímulo para aplicar cada vez con más ahínco toda nuestra actividad y nuestra inteligencia toda, á sostener su bien fundado crédito, que sólo así podremos disfrutar de la inefable tranquilidad que en la conciencia produce, la conciencia del cumplimiento de nuestros sagrados deberes.

Conocedores de los vuestros, creo inútil recordároslos; pero no cumpliría los míos si, ántes de terminar mi desaliñado discurso leyendo la bellísima composición que mi ilustrado amigo D. Antonio Balbin de Unquera dedica á la gratisima memoria del virtuoso Ponce, y de agradecer al distinguido público que nos honra la benevolencia con que me escucha, no protestára con toda la energía de mi alma esencialmente española, en nombre del mismo Ponce, en el vuestro, en el de la ilustre pléyada de maestros españoles que tanto han logrado distinguirse en la emancipación intelectual y moral de aquellos á quienes nuestro Benedictino soltó la lengua, y en el mio propio, contra la afirmación recientemente consignada en uno de nuestros periódicos de Instrucción pública, según la cual, España no ha planteado hasta ahora en sus escuelas de sordo-mudos la enseñanza de la lectura labial y la de la pronunciación, precisamente cuando esos dos medios de comunicación y de enseñanza, y no tanto de enseñanza como de comunicación, han sido siempre y continúan siendo, enténdalo bien el articulista anónimo que desde París afirma lo contrario, característicos de la escuela española, y sepa que para que esa escuela tomara el nombre de alemana, no ha existido otra causa que la que privó á Cristóbal Colón de tan legítima gloria como la gloria de legar al nuevo mundo su esclarecido nombre.

PEDRO CABELLO Y MADURGA.

## MISCELÁNEA.

### Nuevo combustible para las máquinas de vapor.

En Italia se ha ideado el siguiente procedimiento para utilizar el petróleo como combustible en las máquinas de vapor. Para esto se hace uso del amianto, que, como es sabido, resiste al fuego. El petróleo se echa en el horno sobre un lecho de amianto, y se inflama, produciendo un calor intenso. La poca



conductibilidad del amianto hace que todo el calor se aproveche dentro del horno; pues debajo la temperatura es tal, que un papel no se quemar.

Se cubren de igual textil las partes de la caldera y máquinas en que no ha de pasar el calor; á fin de que éste no se pierda por irradiación.

\*\*\*

**Perfume de las flores.**

Un químico, M. Millon, ha hecho constar que el sulfuro de carbono es un agente precioso para disolver los aceites esenciales que las flores contienen. Se ha puesto ya en práctica la idea del señor Millon para extraer de ciertas flores el perfume que no puede obtenerse sino con grandes gastos y después de muchas operaciones. El ensayo se ha hecho con el heliotropo, la violeta, el jazmin, las lilas, etc., y todas las plantas cuyo perfume es muy fugaz y queda destruido por el calor siempre que se trata de obtenerlo por destilación. El procedimiento que se ha seguido es el que vamos á exponer.

Se llena un frasco con pétalos de flores recientemente recogidas; se echa sobre los mismos el sulfuro de carbono en suficiente cantidad para que queden cubiertas con dicho líquido. Se tapa el frasco y se agita. El sulfuro de carbono penetra en las flores, y desaloja al agua de vegetación; que cae al fondo del frasco. Después de seis días de maceración en frío, se decanta el sulfuro de carbono en otro frasco lleno de la misma flor. Después de haber practicado esta operación cuatro veces, se someten las flores á la prensa. Si se obra sobre grandes cantidades de flores, el líquido toma un color intenso.

Para separar el aroma de una flor del sulfuro de carbono, puede hacerse de varias maneras, segun que se obre en más ó menos cantidad de materia. El procedimiento en pequeño consiste en dejar evaporar al aire libre todo el sulfuro de carbono empleado, y en tratar la pequeña cantidad de esencia que queda por el alcohol á 40 grados. Puede igualmente obtenerse la separación del aroma por el método siguiente: se añade aceite de almendras dulces al sulfuro de carbono, se agita fuertemente la mezcla tres ó cuatro veces al día, durante cuatro días, y se vierte el todo en una cápsula que se deja expuesta al aire libre. Si se obra sobre grandes cantidades, se destila al baño-maría y á la más baja temperatura posible, para no perder el sulfuro de carbono ni destruir el aroma que se trata de fijar.

Las proporciones siguientes han dado muy buenos resultados:

Pétalo de flores..... 5 » kil.  
Sulfuro de carbono..... 5 »  
Aceite de almendras dulces.. 1,500 »

Un aceite fino perfumado por este medio, puede servir de cosmético, y entrar en las pomadas ó linimentos prescritos por el médico.

\*\*\*

**El mayor túnel del mundo.**

Es el que atraviesa el monte Thabor por la garganta del Tejus, y que deja muy al Norte el monte Cénis, á pesar de conocerse por este nombre aquella soberbia galería, que mide 12.232 metros de largo. La entrada del túnel, del lado de Francia, está á 1.202 metros sobre el nivel del mar, y del lado de Italia, 1.334 metros. La galería sube dulcemente durante 4.000 metros; á partir de esta distancia se alza bruscamente y llega casi en vertical á 2.969 metros sobre el nivel del mar. Este es el punto culminante, que se halla, no en medio de la galería, sino algunos centenares de metros más próximo á la entrada francesa que á la italiana.

\*\*\*

**Necrópolis etrusca.**

En Montelparo, cerca de Ascoli-Pibro, se acaba de descubrir una vasta necrópolis etrusca, en la que se han encontrado muchos objetos curiosos de bronce, hierro y barro, de los cuales se supone que el gobierno italiano hará donación á los museos de Florencia.

\*\*\*

**Nuevo aparato respiratorio.**

El profesor inglés Tyndall acaba de inventar un aparato con auxilio del cual puede un hombre respirar durante media hora, por lo ménos, en medio del más intenso humo.

